

FEDERICO MARE

¿ARGENTINA ZURDA?*

En otro artículo que escribí con mi camarada Nicolás Torre Giménez para el blog quincenal *Kalewche*,¹ fijamos nuestra posición respecto a lo que se ha dado en llamar “fenómeno Myriam Bregman”, del que tanto se está hablando y debatiendo en Argentina (e incluso a nivel internacional), dentro y fuera de las izquierdas anticapitalistas, incluyendo, por supuesto, aquellas que integran el FITU, distintos partidos anclados en la tradición marxista-leninista de vertiente trotskista. Podríamos resumir nuestra posición como *mesuradamente optimista*. Dicho de otro modo: esperanza con los pies sobre la tierra, sin *wishful thinking*. Voluntad utópica acompañada de racionalidad crítica. Desde estas premisas, hemos firmado con mucha conformidad, convicción y confianza el documento “Vos hacés falta” lanzado públicamente por el PTS el martes 19 de mayo. Se trata de una “Convocatoria a organizar comités junto a Myriam Bregman”, donde se propone “impulsar las luchas y debatir la construcción de un Movimiento por un Partido de la Nueva Clase Trabajadora”².

Mesuradamente optimista, decíamos. ¿Por qué? Por dos razones:

Por un lado, porque no comulgamos con la euforia casi triunfalista –o demasiado optimista– de algunas interpretaciones que adolecen de insuficiente rigor intelectual y/o realismo analítico en su diagnóstico de la coyuntura sociopolítica, según las cuales ya se estaría desarrollando un proceso pendular de “radicalización por izquierda” de la sociedad argentina, desencantada no solo con la ultraderecha libertaria mileísta que gobierna (versión extrema o minarquista del neoliberalismo), sino también con el variopinto peronismo y la centroderecha *gorila* tradicional que gestionaron el país anteriormente, conteniendo o acelerando los daños del capitalismo neoliberal, disciplinando o compensando a sus víctimas desde la brutalidad draconiana del “libre mercado” o desde el paternalismo asistencial del “Estado presente”. Radicalización por izquierda es lo que ha sucedido en Bolivia, por ejemplo. Argentina no está en ese peldaño de la escalera.

Por otro lado, porque estamos lejos del pesimismo sobreactuado –o inconscientemente exagerado– de camaradas que se han dejado dominar por el derrotismo purista del confort testimonial (la solitaria tribuna de la torre de marfil) o el posibilismo escéptico de la adaptación pragmática al *statu quo*. O bien, por algo no menos pernicioso, a nuestro humilde entender: la *hybris* del faccionalismo, la desmesura del fanatismo sectario, es decir, por todas esas «pasiones tristes» –en sentido spinoziano– que tanto daño le ha hecho históricamente al universo de las izquierdas. Nos referimos al dogmatismo escolástico, al invierno perpetuo de desconfianza y suspicacias, a la mentalidad de rebaño y la tirría elevada a quintaesencia identitaria, a las internas tribales a cielo abierto o puertas adentro, al orgullo herido, a las chicanas tóxicas, a los diálogos de

* Algunos pasajes de este ensayo fueron publicados en *Kalewche*, a modo de anticipos, el 24 de mayo y 21 de junio de 2026. Posteriormente, esos pasajes sufrieron modificaciones de distinto tipo: correcciones, retoques de estilo, ampliaciones, anotaciones. No obstante, la mayor parte del presente texto es enteramente nueva.

¹ “¿Y si la izquierda toma el cielo por asalto. A propósito de una carta abieta al FITU”, en *Kalewche*, 26 de abril de 2026, disponible en <https://kalewche.com/y-si-la-izquierda-toma-el-cielo-por-asalto-a-proposito-de-una-carta-abieta-al-fitu>.

² www.laizquierdadiario.com/Vos-haces-falta.

sordos y las logomaquias, a los viejos rencores y la maledicencia sin fin, a la mezquindad, al odio y la envidia disfrazados de doctrina o estrategia, a la obcecación, al maniqueísmo teórico y práctico, a la rigidez de pensamiento y praxis que asfixian la criticidad y malogran la mancomunidad, a los personalismos pueriles o valetudinarios de toda laya, al obstruccionismo como «genialidad táctica», a las falacias *ex silentio* y los muñecos de paja, a la acritud atávica y preventiva, a la vehemencia pendenciera por exceso de bilis, a los sambenitos inquisitoriales de “traición” o “claudicación”... En suma, la agonalidad feroz del vanguardismo, la rivalidad desmadrada y destructiva de una lucha de tendencias desquiciada, que ha perdido la brújula moral, política e intelectual, el sentido de la fraternidad socialista, de la camaradería revolucionaria entre quienes comparten –aunque lo olviden– luchas urgentes y fines últimos, quehaceres inmediatos y designios cardinales.

No repetiré aquí las consideraciones analíticas y reflexivas de aquel escrito, “¿Y si la izquierda toma el cielo por asalto?”. No tendría sentido hacer eso. Voy simplemente a intentar añadir nuevos argumentos, nuevas apreciaciones, a partir de aquella base que tuvo una amplia recepción, en general favorable. Me limitaré a esbozar, sin concatenación sistemática, un punteo de ideas, opiniones y propuestas sueltas que quedaron en el tintero.

1

La cuestión del *honestismo* –parafraseando a Caparrós– me parece clave, aunque muchos la ignoren o minimicen. La simpatía que generan Myriam Bregman y el Frente de Izquierda en la clase trabajadora, los sectores medios y las mayorías populares en general, si bien es un fenómeno complejo y multicausal, tiene un componente troncal: la búsqueda de *outsiders*, de figuras políticas emergentes por fuera de “la casta”. Más allá de reconocérseles otros atributos, como la coherencia y la combatividad, el valor de la «decencia», de la «honestidad», es clave. No me gusta que esto sea así, pero es lo que sucede. Constató un hecho. Negarlo no tiene sentido. Sería como *matar al mensajero*...

La gran mayoría de la sociedad argentina, profundamente desencantada y enojada con Milei por la pésima situación económica, tiende a atribuir este problema no al sistema capitalista, ni tampoco siquiera al modelo neoliberal, sino a la corrupción o al “choreo” de los gobernantes actuales y anteriores. Su interpretación de la macroeconomía es ingenua y precientífica, de sentido común, muy superficial y moralista, poco y nada estructural, demasiado biempensante y voluntarista, casi mágica. Todo se solucionaría (recesión, bajos salarios, empleos precarizados, desempleo, caída del consumo, pobreza, desigualdad, endeudamiento, etc.) simplemente encontrando y votando políticos que no roben, tras muchas pruebas y errores. Una panacea intuitiva y sanseacabó.

La izquierda debe librar una “batalla cultural” sin cuartel contra el honestismo, que no es solo un fenómeno de clase alta o media con exceso de “gorilismo antipopular” y “republicanismo ñoño” en sangre (con toda su hipocresía farisea y doble rasero), sino también un prejuicio muy extendido al interior de la clase trabajadora y las capas más pauperizadas de la población. Diversas encuestas revelan la centralidad explicativa que tiene la noción de «cleptocracia» en la percepción popular de la macroeconomía, en la interpretación que las masas se han formado –en gran medida por influjo de los medios hegemónicos– de las dificultades materiales que las aquejan.

Por ejemplo, la de Atlas Intel,³ que sugiere una fortísima correlación entre el malestar con la *performance* económica (el 63% opina que es mala), la caída en picada de la imagen positiva de Milei (apenas un 38,1% aprueba su gestión) y la sensación general según la cual la corrupción política sería la madre del borrego

³ La encuesta se hizo en agosto y se publicó en septiembre: <https://atlasintel.org/poll/latam-pulse-argentina-august-2026-2026-09-08>.

(más del 44% considera que se trata del mayor problema del país, y un 27,9% reserva el primer lugar a un problema que se le superpone muchísimo, casi totalmente: la impunidad y el mal funcionamiento del sistema judicial). Es cierto que las variables macroeconómicas (inflación, desempleo, etc.) están desagregadas y que podrían unificarse, pero no deja de ser sintomático que la mayoría de la sociedad argentina juzgue la corrupción como la gran calamidad nacional. Si uno examina la lista de problemas, se encuentra con tópicos manidos como inseguridad, narcotráfico, inmigración e impuestos altos. Pero cuestiones medulares para el anticapitalismo, como la explotación y la desigualdad, la deuda externa y la precarización laboral, no figuran. Este es el piso de conciencia desde el que partimos. No hay que idealizar o romantizar a la clase trabajadora y los sectores populares, confundiendo malestar económico e indignación honestista –que van de la mano, en una relación explicativa tan empirista como falaz– con radicalización política hacia la izquierda. Esa radicalización es una posibilidad abierta, una potencialidad a desarrollar, no una realidad efectiva, ya existente. Comerse la cena en el desayuno sería un gran error intelectual y político.

Un sondeo anterior, hecho en noviembre del año pasado por La Sastrería (la reconocida encuestadora de Raúl Timerman), acerca de quiénes son los estamentos más corruptos e impunes de la sociedad argentina,⁴ revela un panorama cognitivo poco sofisticado y no muy esperanzador: el 53,1% respondió “los presidentes y su entorno”; el 51,7%, “los funcionarios del Poder Judicial”; y el 48,7%, “los legisladores”. Es decir que los tres primeros puestos del *ranking* quedaron reservados a “la casta política”, en sus tres ramas clásicas. ¿Los empresarios figuran en el cuarto lugar, aunque sea? ¡De ninguna manera! El 47,6% de la población argentina confiere ese «mérito» a los sindicalistas, cuya reputación es casi tan mala como la de los políticos. Los capitalistas recién aparecen en el quinto lugar del *ranking* con el 39,6% de las opiniones compulsadas, un porcentaje sensiblemente más bajo que los dirigentes políticos y gremiales.

Existe, incluso, un honestismo plebeyo de débil moralismo, poco principista, dispuesto a tolerar la corrupción desde una lógica pragmática y adaptativa de *malmenorismo*: el famoso “roban pero hacen”. Es tarea primordial e impostergable de la izquierda, por consiguiente, estimular la conciencia crítica en la clase trabajadora y el pueblo en general respecto a la estructura y dinámica de funcionamiento del capitalismo, respecto a las consecuencias de este sistema económico y los efectos de las políticas neoliberales, respecto a las causas reales de los problemas materiales que afectan a las grandes mayorías. El honestismo se ha vuelto, en la sociedad burguesa contemporánea, uno de los componentes fundamentales del velo ideológico que oculta la explotación del trabajo por el capital. La difusión masiva de la economía política marxista (sus explicaciones en clave materialista e histórica, su énfasis dialéctico en las contradicciones dinámicas y la mirada totalizadora de la realidad social, su preocupación por constatar objetivamente la apropiación del plusvalor, su fuerte acento en la desigualdad estructural de clases y sus antagonismos) constituye un quehacer *contrahegemónico* –en sentido gramsciano– de vital importancia.

Hay, pues, que librar una guerra a muerte contra el honestismo burgués. Debemos ser capaces de darle más sustancia intelectual a la simpatía popular por Bregman y el FITU, más espesor teórico y político, más calidad y profundidad en términos de criticidad y radicalidad. No obstante, tenemos que admitir que toda esa simpatía popular hacia Myriam y el Frente de Izquierda es un promisorio punto de partida, una valiosa oportunidad. Debemos ser capaces de aprovechar eso, elevando el umbral de la conciencia de clase, convirtiendo el honestismo superficial (sentido común) en anticapitalismo de fondo (socialismo revolucionario). He analizado en detalle todo este asunto en “Cleptocracia y honestismo. El fenómeno de la corrupción desde una mirada anticapitalista”. Es un ensayo extenso, que salió publicado en el número anterior de esta revista.⁵ Pienso que la corrupción es un tema más complejo e importante de lo que suele creerse en la izquierda, que lo ha abordado poco y nada.

⁴ Vid. entrevista del periodista Rolando Graña al encuestador Raúl Timerman para el programa *GPS* en América TV, el 30/11/25. Disponible aquí: www.youtube.com/watch?v=s0amul2G-8M. Reproducir el video desde 1h 50min 40s.

⁵ *Corsario Rojo*, nro. 9, segundo semestre de 2025, pp. 87-136. Disponible en <https://kalewche.com/cr9>.

2

La izquierda tiene en el peronismo un adversario ineludible. No hay alianza posible con una fuerza política que acepta el *statu quo* capitalista, que carece de todo horizonte emancipador socialista y de toda voluntad transformadora revolucionaria. Esto, sin embargo, no debe conducir a dos errores interrelacionados.

El primero de ellos es negar que dentro del peronismo existen matices: Axel Kicillof no es lo mismo que Sergio Massa, ni Juan Grabois es lo mismo que Ángel Pichetto, ni tampoco Ofelia Fernández es lo mismo que Guillermo Moreno. No está mal tener siempre presente que las distintas tendencias del peronismo, más allá de sus diferencias (progresistas y conservadores, neoliberales y neokeynesianos), acuerdan en lo sustancial: creer que no hay alternativa al capitalismo, ya sea por convicción panglossiana o por resignación derrotista. Sin embargo, sería un acto de necedad postular que da lo mismo un gobierno neoliberal de ultraderecha como el de Milei, abiertamente regresivo o reaccionario, virulentamente minarquista y oscurantista (con ribetes autoritarios y fascistoides, incluso), que gobiernos centristas como los de Néstor Kirchner y CFK, que impulsaron políticas compensatorias y reformistas más o menos progresivas, aunque sea muy tímidamente y con muchas contradicciones. Afortunadamente, importantes referentes del Frente de Izquierda tienen esto muy claro y no lo ocultan: Myriam Bregman, por ejemplo. Pero no podría decirse eso de la totalidad de los cuadros del FITU. El maniqueísmo sigue siendo gravitante en las izquierdas anticapitalistas de Argentina, y ese maniqueísmo aleja del FITU a muchos kirchneristas desencantados y disgustados con sus dirigentes, que bien podrían girar a la izquierda si no escucharan a una parte de esta pontificar –de forma disparatada, arrogante y provocadora– que Milei no es peor que sus predecesores, y que todos ellos son igualmente neoliberales, porque hasta la China posmaoísta sería neoliberal (*sic*). La supresión maniquea de todos los matices analíticos puede generar desconfianza y rechazo en personas progresistas que, sintiéndose traicionadas por el peronismo, decepcionadas con el kirchnerismo y otras expresiones del justicialismo, podrían radicalizarse bajo el influjo de una izquierda intransigente en sus convicciones y objetivos, pero intelectualmente rigurosa en sus diagnósticos y políticamente no sectaria en su labor de propaganda y proselitismo.

El segundo error frente al fenómeno peronista es negar u omitir que el *gorilismo* tiene un fuerte componente clasista. Como han explicado y demostrado numerosos sociólogos, historiadores y politólogos, el antiperonismo, o mejor dicho, el antipopulismo en general (porque antes del gorilismo existió en Argentina el antirygoyenismo, no lo olvidemos), sería ininteligible sin el odio de clase de las élites burguesas y los sectores medios hacia las masas trabajadoras. La rabia *gorila* contra figuras como Eva Perón y CFK, demonizadas como demagogas tiránicas o populistas corruptas, condensa altas dosis de clasismo oligárquico y *pequebú*. ¿Reconocer esto implica una alianza política o un acercamiento ideológico de las izquierdas anticapitalistas con el peronismo? Por supuesto que no, en absoluto. Que el justicialismo tenga bases obreras y populares porque ha sostenido, con grandes oscilaciones de intensidad e incluso con sinuosidades que no han excluido la renegación y defección absolutas (desde el primer peronismo de Posguerra hasta el kirchnerismo y Alberto Fernández en el siglo XXI, pasando por el tercer gobierno peronista de la Triple A y el Rodrigazo en los setenta, sin olvidarnos del nefasto decenio menemista de los noventa y su ofensiva neoliberal, a la sombra de la caída del Muro de Berlín y el Consenso de Washington), políticas redistributivas y asistenciales que beneficiaron relativamente a la clase trabajadora y al pueblo dentro de los límites del capitalismo (que se han ido volviendo cada vez más estrechos con la globalización neoliberal y el declive del Estado de bienestar), eso no significa que sea socialista ni revolucionario. Siempre ha sido populista y, en sus mejores momentos, reformista desde premisas bonapartistas. Pero nunca anticapitalista ni maximalista.

Por supuesto que hubo dentro del peronismo, en los sesenta y setenta, una Tendencia Revolucionaria que, influida por Cuba y el Che, e insuflada por el pensamiento de Cooke y Hernández Arregui, asumió

posiciones abiertamente antiimperialistas y a favor de la lucha armada con tácticas de guerrilla, y que decía bregar por el “socialismo nacional” (un concepto muy difuso y ambiguo), la cual tuvo como principal expresión a la JP y Montoneros. Aquí no podemos entrar en un debate con el peronismo revolucionario y su “socialismo nacional”, porque excedería totalmente el propósito y espacio de este escrito. Baste con señalar que el peronismo revolucionario, hoy muy minoritario e incluso marginal, nunca fue dominante dentro del movimiento justicialista, dentro del llamado “pan-peronismo”, ni siquiera en sus mejores tiempos, durante la “primavera camporista” (que por cierto resultó muy contradictoria, inestable y efímera).

Retomemos nuestro hilo conductor: lo importante, para las izquierdas anticapitalistas de Argentina, es comprender y asumir que el antiperonismo no puede ser reducido, sin más, a un odio faccioso de una fracción de la clase dominante y una fracción de la pequeña burguesía contra otras fracciones de esas mismas clases. Es cierto que, en las élites y los sectores medios, no todos fueron ni son *gorilas*. Hubo y hay también en su seno peronistas, desde operarios fabriles hasta empresarios industriales. Pero las investigaciones históricas y encuestas sociológicas no dejan margen para la duda: la clase dominante y la clase media de Argentina fueron y son, en su gran mayoría (especialmente las élites y las capas medias altas), antiperonistas. Lo fueron y lo son porque su egoísmo y miopía de clase las ha vuelto, en general, muy hostiles a cualquier política redistributiva, por mínima que sea, al punto tal que cualquier morigeración benefactora o asistencial del neoliberalismo por parte del Estado se les ha antojado abominablemente “estatista” o “demagógica”, e incluso “comunista” o “socialista”, aun cuando a largo plazo buscara beneficiarlas y de hecho las beneficiara estratégicamente, en la medida que, tácticamente, a corto o mediano plazo, contribuía a contener el malestar social y neutralizar el peligro de una radicalización política por izquierda que pudiera poner en jaque al *statu quo* (la continuidad del capitalismo). Desde luego que hay coyunturas históricas (grandes descalabros económico-sociales y políticos, correlaciones de fuerzas poco favorables, bonanzas agroexportadoras de excepcional rentabilidad, etc.) donde el *establishment* ha aceptado a los gobiernos populistas –bonapartistas o no– y sus reformas más o menos progresivas, pero lo ha hecho a disgusto y solo transitoriamente. Por ejemplo, tras la crisis de 2001-2002 y durante el *boom* de los *commodities* en el mercado mundial (la soja ante todo, en el caso argentino), hasta el conflicto de las corporaciones ruralistas con el gobierno de CFK en 2008 por las retenciones a las exportaciones agropecuarias de la región pampeana.

En síntesis, que el antiperonismo tenga un fuerte componente clasista, un talante elitista y *pequebú* muy antiobrero y antipopular (con dosis de racismo, incluso), no significa que el peronismo sea una expresión autónoma y revolucionaria de un proletariado autoorganizado y combativo, con conciencia de clase y con horizontes de emancipación socialista. En absoluto. El populismo justicialista siempre ha estado contenido dentro de los límites del capitalismo, y en sus mejores tiempos nunca trascendió el reformismo bonapartista: Perón en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, allá por agosto de 1944, alertando a los dueños de la Argentina sobre el peligro de un “cataclismo” revolucionario por culpa de esos “agentes de provocación roja” actuando entre “las masas obreras argentinas”; Perón diciéndoles a los grandes terratenientes y capitalistas que “es necesario dar a los obreros lo que éstos merecen por su trabajo y lo que necesitan para vivir dignamente, a lo que ningún hombre de buenos sentimientos puede oponerse, pasando a ser éste más un problema humano y cristiano que legal”; y mucho más concretamente, apelando a la *Realpolitik* pura y dura, afirmando que “es necesario saber dar un 30 por ciento a tiempo que perder todo *a posteriori*”⁶.

Las izquierdas anticapitalistas de Argentina, desde luego, tienen muy claro que el peronismo no es revolucionario ni socialista. Se trata de una verdad de Perogrullo. Pero algunos camaradas suelen ser renuentes a reconocer –especialmente en público– que el gorilismo es intensamente clasista, como si el solo hecho de enunciar esa verdad supusiera un acercamiento *non sancto* al justicialismo, y hasta una claudicación o traición sin atenuantes. Esta posición cerrilmente sectaria, fanática, resulta absurda y

⁶ https://cdn.educ.ar/repositorio/Download/file?file_id=da8289f8-a130-488d-b287-98dec485b3d.

contraproducente. Es una posición que revela inseguridad y algo peor: la persistencia de un histórico rencor con el éxito bonapartista-reformista del primer peronismo, cuando las masas obreras y populares se alejaron de las izquierdas seducidas por el Estado benefactor de Perón y Evita, y se hicieron justicialistas, al tiempo que las viejas vanguardias del movimiento obrero (socialistas, anarquistas, sindicalistas, comunistas ortodoxos y disidentes) eran duramente perseguidas o astutamente cooptadas: palos y zanahorias.

Esa situación desesperada llevó a gran parte de la izquierda argentina a cometer un grave error del que nunca se repondría, un auténtico suicidio político: el PS y el PC se engancharon al tren *gorila* de la Unión Democrática en la campaña y las elecciones de 1945-46, como furgón de cola de la derecha, sobre la premisa delirante de que el peronismo era –con un poco de *delay*– la encarnación vernácula del nazifascismo derrotado en Europa. Aunque es cierto que la dictadura militar del GOU y el emergente movimiento peronista contenían bolsones autoritarios y oscurantistas (desde nacionalistas católicos que simpatizaban con Franco y Salazar hasta sectores pro-Eje más o menos admiradores de Hitler y/o Mussolini, especialmente dentro del Ejército y la Iglesia), y aunque también es verdad que Argentina –en contraste con el cardenismo mexicano, netamente progresista, laicista y antifascista– acogió a muchos emigrados europeos nazifascistas o colaboracionistas, tanto antes como después de que Perón se convirtiera en presidente, conceptualizar el peronismo como un totalitarismo de ultraderecha, en vez de como un populismo reformista de centro, no resiste ningún análisis histórico serio. Constituye una simplificación extrema y tendenciosa, una tergiversación.

Las masas proletarias y las mayorías populares de Argentina nunca olvidaron ni perdonaron a las izquierdas por su *gorilización*, ni siquiera cuando el peronismo perdió su impulso reformista-redistributivo ya entrada la década del cincuenta. Tampoco cuando dejó de ser gobierno y sobrevinieron los largos años del exilio de Perón y de la proscripción del peronismo. El proceso fue más complejo, por supuesto: no todas las izquierdas cometieron el suicidio de gorilizarse, y algunas de ellas incluso se peronizaron durante la época de la Resistencia. Pero visto el cuadro histórico en conjunto, es evidente que el antiperonismo penetró con profundidad y amplitud en las izquierdas, haciéndoles mucho daño. ¿La solución era adoptar la táctica del *entrismo* o la estrategia de la peronización, como creyeron algunos sectores? No pienso eso, de ninguna manera. Solo me interesa señalar que las izquierdas argentinas pagaron un costo altísimo cuando se gorilizaron durante el primer peronismo, y que hoy deberían evitar que viejos rencores e inseguridades perpetúen o reaviven en ellas un antiperonismo obtuso que encierra fuertes dosis de clasismo y racismo.

Pienso que la izquierda argentina de hoy está mayormente libre de *gorilas*, pero no en todos los casos ni completamente. Tenemos un ejemplo positivo muy notable en el PTS, la principal fuerza del FITU, que a través de Bregman y otros referentes repudiaron no solo el intento de magnicidio contra CFK en 2022, sino también, ulteriormente, a mediados de 2025, la condena a prisión domiciliaria de CFK por corrupción –y su inhabilitación como candidata– como un caso escandaloso de *lawfare* revanchista, proscripción política y doble rasero; sin que esta defensa del debido proceso y de las libertades democráticas, ni la denuncia contundente de otras cleptocracias burguesas (léase: macrismo y mileísmo), implicaran el desacierto de postular la inocencia de CFK, acerca de la cual existen muy razonables suspicacias, debido a lo irregular y opaco que fue el incremento patrimonial de la familia Kirchner cuando Néstor era gobernador y presidente.

Debemos estar alertas, pues, para que la necesaria crítica y la oposición sin concesiones al peronismo, como uno de nuestros mayores adversarios político-ideológicos, no vuelvan a degenerar en gorilismo. Que la intransigencia de nuestra voluntad no nuble la perspicacia de nuestra inteligencia. Que la pasión con que militamos contra el capitalismo no afecte el rigor con que pensamos el peronismo, ni la capacidad de persuadir a los sectores peronistas más progresistas (Patria Grande, sobre todo) de que no hay transformación emancipadora posible dentro del actual sistema económico, ni tampoco dentro del movimiento justicialista. La salida solo puede ser por izquierda y por abajo: una clase trabajadora autoorganizada, radicalizada y movilizada en prosecución de una revolución socialista, que empiece a hacer posible la utopía comunista.

3

En “¿Y si la izquierda toma el cielo por asalto”, Torre Giménez y yo nos planteamos este interrogante político, tan complejo como trascendental: “¿Cómo conseguir aumentar la fuerza de la izquierda anticapitalista realmente existente y cómo lograr un apoyo de amplios sectores sociales por un proyecto anticapitalista?”. La respuesta que esbozamos tentativamente (tan solo eso: un primer bosquejo, a modo de tanteo) fue la siguiente:

(...) si bien todos los modelos organizativos del pasado han sido problemáticos (piénsese tan sólo en la burocratización de los partidos), hay que partir de las organizaciones que nos hemos dado, con sus ventajas y desventajas. Y, a partir de ellas, ampliar y construir más espacios comunes. Sólo en la acción colectiva se irán abriendo nuevas posibilidades, formas superadoras de organización de la clase trabajadora. Se trata de crear, pero no *ex nihilo*, sino desde lo que hemos construido hasta ahora. Tenemos el FITU con sus partidos y sus militantes, pero están también los simpatizantes del Frente, muchos de ellos nucleados en distintas clases de organizaciones o grupos de pertenencia, participando en sindicatos y asambleas más o menos permanentes (como la Asamblea Popular por el Agua de Mendoza, como la Asamblea de Intelectuales Socialistas, entre otras), en asociaciones culturales y barriales de diversa índole, en colectivos feministas o de disidencias sexuales, en agrupaciones estudiantiles, en organismos de derechos humanos, en organizaciones indígenas, en el colectivo de la discapacidad y un largo etcétera.

Pues bien, el FITU debería ampliarse para incluir de alguna manera a un sinnúmero de simpatizantes de izquierda, trabajadores y estudiantes que acompañan y votan al Frente de Izquierda, pero que no tienen ningún tipo de relación orgánica con el mismo. Tanto desde el FITU como desde los múltiples colectivos de base, se debería promover la creación de comités de lucha antisistema y de discusión de medidas concretas, tanto para oponerse a los embates de la ultraderecha en el poder, como para mejorar las condiciones de existencia de la clase trabajadora en su conjunto, en el aquí y ahora. Es decir, pensar tanto la resistencia como la ofensiva. Y, lo que es fundamental, hay que trazar puentes entre los diversos lugares de lucha. La avanzada neoliberal y plutocrática contra los laburantes ha activado miles de pequeños focos de resistencia en fábricas, organismos públicos, escuelas, universidades, hospitales y en las calles. Esos focos están muy probablemente destinados a fracasar ante la ofensiva neoliberal si no se articulan en un frente unificado, y si no se organizan medidas de lucha que tiendan a coordinar todos los enfrentamientos en una gran batalla contra el mileísmo, pero principalmente contra los poderes económicos a los que el mileísmo representa.

Sabemos que los partidos de izquierda participan de numerosas luchas, y sabemos que ese compromiso militante es lo que ha contribuido a ampliar el apoyo social al FITU. Por lo tanto, esto no debe interpretarse como un reproche a los partidos revolucionarios, sino más bien como un llamado a todas las organizaciones y espacios de izquierda (entre los cuales incluimos al Colectivo Kalewche) a dejar de lado rencillas sectarias, diferencias doctrinarias menores y orgullos personales, para pensar juntos un programa mínimo para la clase trabajadora, y para darnos formas transversales que organicen la resistencia, al tiempo que ponemos las primeras piedras para una ofensiva democrática radical contra la lógica del capital.

Amplios sectores de los votantes peronistas simpatizan con el FITU y con Myriam Bregman, pero creen que, o bien la izquierda es demasiado utópica o sectaria, o bien que al capitalismo se le puede dar un rostro humano. Nuestra tarea es demostrarles, tanto en la práctica como en la teoría, que, por un lado, no somos sectarios y que estamos dispuestos a debatir sin chicanas tanto doctrinas como medidas políticas concretas; y por el otro, que el capital puede dar algunas concesiones cuando ve peligrar su hegemonía, pero en momentos de fuerza (como el actual) demuestra su verdadera naturaleza anti-humana. Por lo menos en teoría, no haría falta mucho para convencer a un kirchnerista desilusionado que pueda ver con simpatía a Myriam Bregman, que, si su principal líder política está presa, es porque la codicia del poder económico es tan pero tan grande, que los grandes empresarios no están siquiera dispuestos a soportar las tímidas reformas del peronismo, cuando pueden realizar su sueño húmedo por medio de Milei (por lo menos hasta ahora, ya que parecen estar buscando un reemplazo en el corto plazo) e ir por todo. Si para

algo ha sido «útil» el mileísmo –si se nos permite la figura retórica–, es para dejar al descubierto el verdadero rostro inhumano del poder económico.⁷

Dicho todo eso, planteamos un *pero*, una suerte de «alerta». Este *pero* no nos parecía nada baladí. Todo lo contrario: nos parecía un *pero* de importancia capital. Si he interrumpido la cita con este comentario, es porque quiero recalcar esa importancia, a la luz de todo lo sucedido después: el virulento recrudecimiento de la interna del FITU a raíz de la campaña por Myriam Bregman, con acusaciones cruzadas de ventajismo supremacista o unilateral y sectarismo envidioso o mezquino (contra el PTS y desde el PTS, respectivamente); una escalada del inveterado faccionalismo trotskista «a la estudiantina» –dicho en broma y no tanto– que amenaza con provocar una ruptura de la coalición y daños acaso no menores a su reputación y credibilidad entre las masas como alternativa seria de gobierno, políticamente confiable. Las reyertas intestinas del FITU, ventiladas al público sin ningún recato, podrían echar a perder el “fenómeno Bregman”. En fin, en aquel artículo de abril advertíamos que era menester evitar que pasara lo que a la postre pasó, por desgracia. Volvamos a la cita:

No obstante, esta *expansión hacia afuera* –o centrífuga– del FITU entre las masas, entre las bases, donde se iría entretejiendo una amplia red multisectorial de apoyo político entre simpatizantes, activistas independientes y colectivos afines sin adscripción partidaria, aunque muy necesaria, aunque imprescindible, no es suficiente. Debe ir de la mano con una *consolidación hacia dentro* –o centrípeta– a nivel de cuadros, a nivel de vanguardias. Para tener éxito, nos parece que el FITU requiere mayor cohesión y fortaleza internas, mejor coordinación de esfuerzos, esto es, superar la forma embrionaria del frentismo electoral, demasiado laxa, lastrada por las rencillas sectarias, por las disputas facciosas. A nadie se le escapa que el Frente de Izquierda se gestó en 2011 bajo la fuerte presión de la reforma electoral de las PASO (Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias) impulsada por el gobierno kirchnerista, reforma que amenazaba con marginar a las izquierdas de los comicios –con el maldito piso del 3% en las primarias– si no se coaligaban. Han pasado quince años desde entonces, y, sin embargo, las secuelas de ese parto con fórceps no parecen haber sido superadas, al menos no totalmente. El sectarismo y el faccionalismo siguen retardando el desarrollo del FITU.

Desde luego que no se trata de erradicar las sanas diferencias y los debates constructivos, de suprimir la dimensión agonal o competitiva de la política (que es inevitable y puede incluso reportar beneficios), sino de evitar que las discrepancias y discusiones se desmadren hasta el punto de devorarse a la confraternidad socialista revolucionaria. Ya lo dice un viejo proverbio: *la unión hace la fuerza*. Pero cómo lograr exactamente esa mayor cohesión interna del FITU, con qué fórmula precisa y concreta, no lo sabemos. ¿Es posible un frente no meramente electoral, dotado de una arquitectura colectiva más sólida para la acción mancomunada? ¿Convendría acaso crear un partido unificado? Y si conviniera esto último –algo de lo que no estamos nada seguros– ¿sería mejor una fusión total o un partido de tendencias? Una fusión total supone el riesgo de que «el pez más grande se coma a los más chicos», el peligro de una unanimidad homogeneizadora, sin la savia vital de lo diverso. Un partido de tendencias podría, tal vez, acabar repitiendo los mismos problemas del frentismo: la desunión facciosa, la discordia sectaria (algo así como «el mismo perro con otro collar»). Solo estamos seguros de esto: no hay panaceas apriorísticas. Habrá que aprender y elegir a la luz de la experiencia práctica, sin dogmatismos.⁸

Ojalá el FITU no se rompa, y ojalá logre evolucionar desde el frentismo electoral bajo fórceps a una unidad más fraternal y sólida, más densa y operativa. Quizás la solución pase por adoptar un modelo organizativo mixto, a mitad de camino entre el partido unificado y la coalición laxa. ¿En qué estoy pensando exactamente? Permítaseme trazar un paralelismo: el Estado federal nació en EE.UU. a fines del siglo XVIII como una fórmula de equilibrio salomónico entre el Estado unitario (exceso de centralismo) y la confederación (exceso de descentralización). El unitarismo lograba eficacia a costa de la libertad,

⁷ F. Mare y N. Torre Giménez, “¿Y si la izquierda toma el cielo por asalto...”, art. cit.

⁸ *Ibid.*

engendrando un Leviatán autoritario. El confederacionismo conseguía preservar la libertad, pero pagando costos muy altos: lentitud, parálisis, inoperancia, impotencia. El federalismo trató de conciliar lo bueno de ambos modelos, minimizando sus defectos y peligros. Así nació la idea de un sistema político de soberanías escalonadas: un peldaño alto de autoridades federales y un peldaño bajo de autoridades estatales. La soberanía está repartida entre esos dos niveles. Ni demasiado concentrada en la cúspide, ni demasiado disgregada en la base. ¿No podría el FITU adoptar una fórmula organizativa de este tipo, *mutatis mutandis*? Seguiría habiendo en su seno una pluralidad de partidos autónomos, en sana diversidad y competencia; pero con un órgano central –paritariamente constituido– que estuviera dotado de atribuciones deliberativas y resolutivas en grado suficiente, capaz de elevar sustancialmente los umbrales de cohesión, coordinación y acción más allá del mero frentismo electoral. (El FITU tiene una Mesa Nacional, pero no alcanza.) Esta arquitectura colectiva no tendría por qué limitarse a una autoridad colegiada interpartidaria. Bien podría también incluir otras facetas, como la propaganda de masas y la usina de ideas (siempre dentro de los límites que imponen los consensos mínimos, desde luego): un diario en común, una revista en común, una radio en común, una editorial en común, un espacio cultural en común, congresos y cursos de formación en común, etc. Paralelamente, cada partido del FITU mantendría sus propios órganos de difusión, habilitados –por supuesto– para trascender los consensos mínimos (por ejemplo, el PTS conservaría *La Izquierda Diario* y el MST seguiría publicando *Periodismo de Izquierda*, pudiendo disentir y discutir entre sí). No hay que pensar la arquitectura colectiva como un juego de suma cero, sino como una dialéctica de multiplicación sinérgica.

La tradición federal podría inspirarnos una buena solución práctica, sin dudas, y no hay que pagar peaje al liberalismo yanqui para transitar ese camino (si un purismo dogmático filisteo nos impidiera algo tan sensato como cultivar la flexibilidad metodológica crítica, sin transigir en nuestros principios y fines). ¿Qué hay de la Unión Soviética y la *korenizatsia* bolchevique a favor de Ucrania, Bielorrusia y otras naciones antaño conquistadas por el imperio autocrático de los Romanov? La URSS nació no solo del imperativo revolucionario de avanzar hacia el socialismo, sino también de la necesidad plurinacional e intercultural de superar el centralismo zarista, inextricablemente ligado al chovinismo gran-ruso. La Constitución soviética de 1924 es elocuente:

(...) la inestabilidad de la situación internacional y el riesgo de nuevas invasiones, hacen necesaria la formación de un *frente único de repúblicas soviéticas* frente al cerco capitalista.

Así, la estructura misma del poder soviético internacional, por su carácter de clase, empuja a las masas trabajadoras de las repúblicas soviéticas a unirse en una sola familia socialista. Todo este conjunto de circunstancias exige, de manera imperiosa, la reunión de las repúblicas socialistas en un *Estado federal*, capaz de *garantizar la seguridad exterior, el progreso económico interior y el libre desarrollo nacional de los pueblos*.

La voluntad de los diferentes pueblos de las repúblicas soviéticas, que se ha expresado recientemente en el Congreso de sus Sóviets y que se ha pronunciado de manera unánime por la formación de una *unión de repúblicas soviéticas*, es una garantía segura de que la Unión traduce la *libre voluntad de los pueblos iguales en derechos*, y que cada República tiene el derecho de salir libremente de la Unión, que todas las repúblicas socialistas soviéticas tienen el derecho de acceder a la Unión, que el nuevo Estado federal será la digna culminación de los principios de *coexistencia pacífica y colaboración fraternal* entre los pueblos instaurados desde el mes de octubre de 1917, que servirá de sólido muro contra el capitalismo mundial y marcará un nuevo paso decisivo en el *camino de la unificación de los trabajadores de todos los países en la República soviética socialista universal*.⁹

⁹ <https://octubre1917.net/2017/03/31/constitucion-1924>. Las cursivas son mías.

Aunque la deriva ulterior de la URSS bajo el estalinismo (burocratización autoritaria, hegemonismo soviético sobre el bloque socialista, retorno parcial del chovinismo gran-ruso) nos lo haya hecho olvidar, los bolcheviques de la primera hora abogaron no solo por la autodeterminación en paz e igualdad, sino también por el federalismo en cooperación y fraternidad. “Coexistencia pacífica y colaboración fraternal (...) en el camino de la unificación de los trabajadores”. Lástima que el bolchevismo no aplicó esta sabiduría en sus relaciones con otras izquierdas revolucionarias, donde dio rienda suelta a la intolerancia dogmática y sectaria. Pero sí lo hicieron en el ámbito de las nacionalidades y minorías étnicas, y esto es lo que aquí busco rescatar.

Repitémoslo una vez más, como si fuera un mantra del budismo tibetano: “Coexistencia pacífica y colaboración fraternal (...) en el camino de la unificación de los trabajadores”. ¿No deberían las izquierdas trotskistas de la República Argentina, que no es nada soviética, pero a la que quisiéramos ver llena de sóviets algún día (aunque no se llamaran así, sino de otra forma menos exótica), honrar ahora, ya mismo, sin demora, esas premisas troncales dentro del FITU? ¿Pueden las vanguardias revolucionarias, con coherencia y credibilidad, incitar a la fraternidad entre trabajadores y pueblos si están enfrascadas en una “lucha de tendencias” fratricida? La canibalización de las izquierdas argentinas no parece ser ninguna escalera socialista al cielo comunista. Se asemeja, más bien, a un dantesco *descensus ad inferos*.

La demasía de la discordia entre cuadros puede impedir o limitar la expansión de masas, o fragilizar ese proceso como una espada de Damocles que puede caer en cualquier momento. Un núcleo sólido de vanguardias fraternalmente mancomunadas y federativamente organizadas resulta totalmente imprescindible, por muy amplia que llegue a ser –si la campaña de agitación tuviere un éxito arrollador, lo cual es posible pero no seguro– la red de simpatizantes y activistas independientes. El internismo no atrae multitudes. Al contrario, puede espantarlas, repelerlas. Tal vez no de inmediato, pero sí después de un tiempo. Eso es lo que ha pasado tantas veces con las luchas estudiantiles de las universidades, y es también lo que sucedió con varias asambleas barriales de Buenos Aires que surgieron en la crisis de 2001-2002.

4

Hablando de la URSS, del llamado “socialismo real”, convendría detenernos un poco en esta temática, que tiene no solo relevancia y vigencia *per se*, en general, sino también una pertinencia específica para las izquierdas anticapitalistas del siglo XXI. El trotskismo ha sido muy crítico de las derivas estalinista y maoísta del marxismo-leninismo en las posrevoluciones rusa y china: la burocratización, el autoritarismo, el culto a la personalidad, el “socialismo en un solo país”, las pulsiones hegemónicas en política exterior, etc. Ni qué decir el anarquismo¹⁰, cuya impugnación de lo que tradicionalmente ha considerado “socialismo

¹⁰ “Anarquismo” a secas únicamente debiera significar –se sobreentiende, por su etimología griega– anarquismo *de izquierda*, o sea, acratismo *socialista* (en el sentido más amplio y primigenio de esta última palabra: anarquismo colectivista a lo Bakunin, anarcocomunismo a lo Kropotkin, anarquismo mutualista a lo Proudhon y otras formas de economía socializada sin Estado), o bien, acratismo individualista no capitalista (léase: un anarquismo a lo Tucker, quien abogaba por una sociedad libertaria e igualitaria basada en la pequeña propiedad personal y la circulación simple de mercancías, sin dinámicas de expoliación, acumulación y explotación que generen estratificación de clases). El autopercebido “anarquismo de derecha”, el sedicente “anarcocapitalismo” de Rothbard y sus epígonos, no merece llamarse así, puesto que el anarquismo siempre ha combatido –desde sus orígenes– toda forma de *arché* o dominación, no solo la estatal e imperial, sino también la clasista y patriarcal, entre otras. Quien lea la *Política* de Aristóteles, por solo mencionar una fuente clásica, comprobará fácilmente que los antiguos griegos de ningún modo restringían la *arché* al gobierno de la *polis*. Tampoco a lo que hoy llamaríamos “relaciones internacionales”: el imperialismo ateniense, por ejemplo, que Tucídides conceptualizó como *arché* en su célebre *Historia de la guerra del Peloponeso* (para referirse al expansionismo coercitivo de Atenas sobre la Liga de Delos, en reemplazo de la *hegemonía* o liderazgo consentido que se había desarrollado durante las dos primeras Guerras Médicas). En el *oikos*, en el ámbito doméstico, el patriarca –asimilado a la figura de un rey– ejercía la *arché* tanto sobre su mujer e hijos (*arché basiliké*) como sobre sus esclavos (*despoteia*). El anarquismo debe su nombre a su finalidad utópica, en el buen sentido: la anarquía (o acracia), que proviene del griego *anarchia*, «sin poder» o «sin dominio» en general: ausencia no solo de dominación estatal o *arché politiké* (en fraseología aristotélica), y de imperialismo a nivel geopolítico, sino también ausencia de patriarcado, esclavitud y cualquier otra forma de opresión de clase. Ergo: “anarcocapitalismo” es un oxímoron farsesco, aunque Milei cacaree lo contrario. En relación a la presunta postura “anarcocapitalista” del jefe de Estado

autoritario” va mucho más allá del estalinismo y el maoísmo, hasta abarcar todo el espectro marxista-leninista, incluyendo al propio trotskismo, no siempre con razón pero muchas veces no sin razón (y aun al marxismo libertario, una desmesura de dogmatismo sectario que el ácrata francés Daniel Guérin cuestionó con sensatez e intrepidez –y no poca lucidez– desde una postura dialoguista y unionista que suscribo).

Tengo muchos acuerdos sustanciales con esta doble vertiente de crítica antiburocrática, antiautoritaria. El antiestalinismo –teórico y práctico– siempre me ha parecido muy necesario, no solo con respecto al modelo soviético original, sino también con respecto a otros procesos revolucionarios influidos por él, como los de la China maoísta y la Cuba castrista, por no hablar de la Corea del Norte que gobierna la «dinastía» creada por Kim Il-sung (“Líder Supremo” y “Presidente Eterno de la República”), último reducto estalinista del mundo, aunque también allí hubo cierta desestalinización (muy limitada y gatopardista, a la manera *juche* del PTC). La caída del Muro de Berlín, el fracaso del “socialismo real” (incluso en los dos únicos países donde se las ha ingeniado para sobrevivir, bajo el asedio feroz del imperialismo yanqui: Cuba y Corea del Norte), nos impone el deber de revisar críticamente el legado soviético y maoísta. Si vamos a proponer nuevamente una revolución socialista a escala mundial en pos de la realización de la utopía comunista, tenemos que tener muy claro en qué nos equivocamos y cómo podríamos corregir esos errores mirando al porvenir.

Por supuesto que muchos historiadores e intelectuales –trotskistas y no solo trotskistas– han escrito regueros de tinta al respecto. Ya tenemos varias certezas importantes bastante consensuadas. El colapso de la Unión Soviética fue un fenómeno histórico multicausal, como tantos otros. La fuerte presión imperialista del capitalismo –la Guerra Fría– tuvo una incidencia no menor: hipertrofia del aparato militar, con su sangría de recursos. Pero independientemente de eso, la mera inserción obligada de las repúblicas socialistas –a falta de una revolución mundial exitosa como la esperada por Lenin y Trotsky– en un sistema económico mundial preexistente regido por las férreas leyes del mercado, por la competencia capitalista más despiadada, ya constituía un problema serio, que puso cada vez más en jaque a la tesis estalinista del “socialismo en un solo país”, pues no era posible la autarquía del bloque socialista. También coadyuvó a la implosión soviética, sobre todo como catalizador, la crisis de los independentismos/separatismos nacionales dentro del Pacto de Varsovia y dentro mismo de la URSS: el Otoño de Naciones y el Desfile de Soberanías no deberían ser minimizados. Pero las causas de mayor peso fueron otras dos. En el plano superestructural o político-cultural, el autoritarismo y la burocratización: la dictadura de partido único, el avasallamiento de las libertades públicas e individuales, la censura y represión de la disidencia, la rigidez y el gigantismo del Estado, la corrupción de la *nomenklatura* como bofetada al principio de igualdad, los defectos y excesos de la planificación central de la economía, el filisteísmo educativo y artístico, el dogmatismo intelectual, etc. La clave principal, no obstante, radica en las condiciones materiales de existencia del pueblo trabajador. La URSS y los demás países socialistas lograron, amén de disminuir enormemente la desigualdad económica, establecer un *piso alto en satisfacción universal de las necesidades primarias o básicas* (alimentación, salud, vivienda, pleno empleo, legislación laboral, sistema previsional, escolaridad, etc.), en claro contraste con las sociedades capitalistas, donde esa universalidad nunca se ha dado, ni siquiera en los países más desarrollados y welfaristas como los escandinavos, con altas mediciones del coeficiente Gini. No obstante, la Unión Soviética y los otros países del “socialismo real” fallaron en algo. Fijaron un techo bajo en satisfacción de las necesidades secundarias asociadas a cierto “confort” o bienestar. No lograron establecer un nivel de consumo menos racionado y más diversificado de bienes y servicios, ni mayores umbrales de disfrute cotidiano de los últimos avances técnicos, ni formas menos estandarizadas de ocio, ni tampoco modos de vida más emancipados de ese rigorismo proletario casi espartano heredado de los *hard times* del estalinismo (las

argentino (metáfora del topo) y su coexistencia paradójica con el minarquismo «realmente existente» (un tanto sinuoso, por cierto: neoliberalismo extremo de doble rasero, según la clase), véase mi ensayo “Protesta y represión, memoria y negación. Pensar subversivamente Mileilandia”, en *Corsario Rojo*, nro. 9, primer semestre 2025, pp. 55-62. Disponible en <https://kalewche.com/cr8>.

urgencias y penurias de la colectivización agraria y la industrialización pesada contra reloj, las exigencias y dificultades de los primeros planes quinquenales, los esfuerzos productivistas a destajo del estajanovismo, los descomunales sacrificios materiales y humanos de la Gran Guerra Patria contra la invasión nazi)... Lejos estoy de querer reivindicar el consumismo capitalista y el hedonismo extremo. Cierta grado de sencillez y austeridad es saludable, tanto por razones psíquico-filosóficas como de ecología política. La sobreproducción de bienes, el lujo y otras variantes de voluptuosidad (satisfacción ilimitada e inmediata de deseos) nos hacen daño, tanto individual como colectivamente. Y dañan la naturaleza, además: extractivismo, contaminación, calentamiento global, pérdida de biodiversidad, etc. Pero, dicho todo esto, debemos admitir que el “socialismo real” no logró elevar lo suficiente el techo del bienestar individual y social. Subió notablemente el piso: erradicó el hambre, la indigencia, el desempleo, la precariedad laboral, la falta de acceso a un buen sistema de educación y salud públicas, la mala cobertura en previsión social (pensiones y jubilaciones). Todo esto es cierto, pero no menos cierto es que hubo un déficit en satisfacción de necesidades secundarias; necesidades secundarias que no tienen por qué ser consumistas o antiecológicas, ni desmesuradamente individualistas, hedonistas o narcisistas. Este fue el talón de Aquiles del “socialismo real”: una austeridad excesiva, demasiado divorciada del confort o bienestar. La antigua ética estoica, en contraste con la moral cristiana y budista, nunca postuló la antihumana erradicación del goce, sino una prudente *moderación*. No veo razón para que las izquierdas anticapitalistas no debamos recuperar selectivamente –críticamente– una porción importante del estoicismo como *Lebensphilosophie* o «filosofía de vida».

El techo bajo del “socialismo real” fue el resultado de los problemas económicos y tecnológicos (cuellos de botella en la asignación de recursos, estímulos insuficientes a la productividad laboral, anquilosamiento de la ciencia básica y aplicada, prioridad excesiva de los bienes de capital sobre los bienes de consumo, etc.) que generaron la planificación central tan rígida e ineficiente del Gosplán¹¹ y el crecimiento elefantiásico del complejo militar-industrial bajo la dirección del VPK (demasiado empoderado por la carrera armamentista contra la OTAN, la amenazante alianza liderada por el *hegemon* imperial estadounidense). Cabe hacerse esta pregunta contrafactual: ¿qué hubiera sido de la Unión Soviética si hubiese iniciado su modernización socialista desde un peldaño histórico más alto que el atrasado imperio zarista, y sin las limitaciones y presiones exógenas del capitalismo e imperialismo? La pregunta es pertinente por varias razones, entre otras, estas dos: 1) porque el máximo bienestar del “socialismo real” se alcanzó no casualmente en la RDA y Checoslovaquia, las únicas zonas del mundo donde ese sistema económico se implantó sobre bases capitalistas relativamente desarrolladas; y 2) porque la Unión Soviética llegó a destinar cerca de un 15 por ciento de su PBI¹² (probablemente más: hasta un 20 o 25% en la tardía década del ochenta) a los gastos en defensa, desproporción ruinosa, muy superior a la de Estados Unidos.

Maticemos: el techo bajo del “socialismo real” no siempre fue tan bajo, ni en todas partes. En la década del cincuenta, cuando la Segunda Guerra Mundial ya había quedado atrás y la reconstrucción posbélica estaba completada, cuando Krushev se convirtió en secretario general del PCUS y puso en marcha la desestalinización (parcial), los obreros de algunos países y áreas metropolitanas de la Europa del Este

¹¹ El Gosplán pretendía neutralizar el mercado, en el que veía –con razón– un peligroso tobogán de descenso hacia el capitalismo. En la distribución de bienes y servicios como mercancías, mediante la ciega y ruda espontaneidad e inmediatez de unos agentes privados regidos exclusivamente por sus intereses particulares, el equilibrio entre oferta y demanda se logra de modo espasmódico, con irracionales tardanzas, carestías y despilfarros. Por otra parte, la pendiente resbaladiza de la circulación mercantil desde su forma simple (M-D-M) hacia la valorización capitalista (D-M-D’) ha generado una desastrosa espiral de concentración económica de altos costos sociales: proletarización, desigualdad, desempleo, pobreza, hambre, éxodo, etc. La evidencia histórica es inapelable. Por no hablar del alienante “fetichismo de la mercancía”, como lo llamó Marx. En la URSS, al margen del fallido experimento inicial del “comunismo de guerra” (1918-1921), el mercado perduró: se mantuvo el régimen salarial, el uso de moneda (rublo soviético) y el sistema de precios. La circulación de mercancías continuó, aunque mucho más limitadamente que en el capitalismo y con niveles inéditos de regulación estatal, lo que derivó en la aparición de un mercado negro o clandestino para una amplia gama de bienes de consumo, desde manufacturas de lujo o confort importadas de contrabando hasta productos esenciales afectados por el racionamiento.

¹² Cf. José L. Rodríguez, “El impacto del gasto militar en el mundo: 1950-2013”, en *Revista de Estudios Estratégicos*, La Habana, enero-junio 2014, pp. 117-125.

alcanzaron un grado de bienestar considerable, similar al de los países capitalistas más desarrollados, pero con niveles más altos de universalidad en la satisfacción de necesidades primarias y secundarias: RDA y Checoslovaquia, Moscú y Leningrado... realidades muy distintas a la RSS de Tayikistán y la Mongolia del PRPM, a la China de Mao y el Vietnam de Ho Chi Minh, naciones abrumadoramente campesinas o pastoriles, poco o nada industrializadas. Pero promediando la década del sesenta, con el salto tecnológico de la Tercera Revolución Industrial (auge de la electrónica, *boom* de la informática, etc.) y el advenimiento del posfordismo, la URSS y los demás países socialistas empezaron a rezagarse. Fue la época del *Zastoy* o «estancamiento», período de desaceleración del crecimiento económico que coincidió *grosso modo* con el liderazgo de Brézhnev (1964-1982), y que devino en declive irreversible y crisis terminal con Gorbachov y su fallida *Perestroika*, hasta la caída del Muro de Berlín (1989) y el colapso de la Unión Soviética (1991).

En China, el ambicioso proyecto de modernización económica del “Gran Salto Adelante” (1958-1962) terminó muy mal, en catástrofe humanitaria (“Gran Hambruna”). El desarrollo tecnológico e industrial a gran escala vendría tras la muerte de Mao, desde que el revisionista Deng Xiaoping fue nombrado líder supremo de la República Popular a fines del 78, en el marco de la “Reforma y Apertura” (la intrincada transición inversa desde el socialismo de Estado al capitalismo de Estado), proceso de transformaciones que se aceleraría con la incorporación de China a la OMC en 2001; broche de oro a su integración en la globalización neoliberal, primero como proveedora masiva de manufacturas de bajo valor agregado y luego como mayor potencia del mundo en producción fabril (hacia 2010) e innovación *high-tech* (en torno a 2021-23).

¿Cuba? Al socialismo cubano cuesta mucho juzgarlo... Un país demasiado pequeño en superficie y población, demasiado modesto en recursos naturales y demasiado próximo a Estados Unidos, su todopoderoso e inescrupuloso archienemigo. La ayuda material y protección militar de la Rusia putinista, las relaciones económicas con China, sin desmerecerlas, palidecen con las que otrora ofreció la Unión Soviética. La cruda realidad del bloqueo imperialista a la isla, que lleva más de sesenta años, no puede ser ignorada ni minimizada. Hasta la disolución de la URSS, era muy legítimo formular críticas constructivas y responsables por izquierda al régimen castrista, tanto por razones políticas como económicas (críticas en gran medida similares a las que se le hacían a la Unión Soviética). Pero con el advenimiento del “Período Especial” durante los noventa y el endurecimiento de las sanciones estadounidenses, el margen para hacer eso se fue reduciendo drásticamente. En el siglo XXI, la expansión del turismo receptivo (actividad generadora de empleo y divisas), la importación abundante de hidrocarburos a bajo precio desde la Venezuela bolivariana y el atemperamiento del embargo yanqui con Obama parecieron rehabilitar la posibilidad de discutir constructiva y responsablemente al experimento socialista cubano, sin infravalorar sus grandes logros (mejoras en sanidad y educación, descenso de los niveles de pobreza y desigualdad, avances en I+D, jerarquización de deportes olímpicos, etc.) en comparación con otros países de la región como Haití, o con el pasado prerrevolucionario y semicolonial de la propia Cuba. Sin embargo, la ventana de oportunidad comenzó a cerrarse pronto, con la primera presidencia trumpista y el recrudecimiento del bloqueo, que Biden no revirtió en lo sustancial. El secuestro *manu militari* de Maduro a principios de 2026 –para un gran circo de *lawfare* en Nueva York– y el vasallaje de Caracas con un Trump fuertemente vinculado –por intermedio de su secretario de Estado, Marco Rubio, hijo de emigrados cubanos– al *lobby* anticastrista de Miami, acompañados de amenazas de invasión y un cerco inusitadamente exacerbado a la isla (un asedio inhumano de ribetes medievales, como el que Israel ha impuesto a Gaza), vuelven absurdo e injusto –o cuando menos muy inoportuno– someter a crítica al régimen socialista de Cuba en esta coyuntura de emergencia existencial. Hubo un tiempo en que Cuba pudo haber hecho mejor las cosas, pero hoy apenas sobrevive y merece toda nuestra solidaridad fraternal, en honor al antiimperialismo y al internacionalismo socialistas.

¿Y Corea del Norte? Su poder de disuasión nuclear, su alianza militar con la adyacente Rusia y su vecindad e intensos vínculos económicos con China habilitan una crítica severa a su sistema económico y político. Un

sistema con demasiadas rémoras del estalinismo puro y duro, desde la centralización estatista asfixiante hasta una dictadura totalitaria de contornos distópicos orwellianos, pasando por un culto a la personalidad de niveles grotescos, casi patológicos. Corea del Norte debe ser nuestro *antimodelo de socialismo*, sin que eso nos impida solidarizarnos con el pueblo norcoreano cada vez que sufra atropellos imperialistas.

Las izquierdas marxistas y anarquistas ya tienen una explicación satisfactoria del fracaso del “socialismo real”. Han hecho, asimismo, un balance crítico sin concesiones de aquella experiencia histórica revolucionaria que se quedó a mitad de camino en la larga marcha hacia la utopía comunista, en el luengo derrotero rumbo a la “asociación de productores libremente asociados”. El trotskismo, por ejemplo, con su robusta tradición de disidencia intelectual y oposición política al estalinismo, ha producido obras valiosas. Pero esta historiografía crítica asociada al campo de la militancia y sus debates político-estratégicos permaneció anclada, mayormente, en el mar aproximativo e interpretativo –altamente conjetural– de las *generalidades*, de las hipótesis totalizadoras como las que intenté sintetizar líneas arriba, a vuelapluma. Necesitamos mucho más que eso. Necesitamos también *erudición soviológica con experticia especializada*, aunque libre de las taras del academicismo: fragmentación descriptivista, profesionalismo «despolitizador», interrogantes superfluos, constataciones perogrullescas, etc. No basta con que sepamos, en trazo grueso, por qué el “socialismo real” fracasó. Tenemos que cartografiar ese fracaso con todo detalle analítico y precisión empírica: aspecto por aspecto, lugar por lugar, época por época. Debemos poner la soviología al servicio de la autocritica, para que la autocritica sea rigurosa y no cháchara especulativa; para que nos resulte fecunda, útil, capaz de iluminarnos el camino venidero de la construcción de un nuevo socialismo que conduzca –esta vez sí– al auténtico comunismo. Una autocritica, en suma, capaz de *aleccionarnos*, de ayudarnos a no cometer los mismos errores en el futuro.

Y algo más necesitamos, no menos relevante, y acaso más relevante: saber qué cosas se hicieron bien en el “socialismo real”, para recuperarlas y perfeccionarlas en un nuevo amanecer socialista. Trotskistas y anarquistas, por obvias razones de sesgo ideológico, han tendido siempre a «contar todas las costillas» del estalinismo y del maoísmo, evitando –por lo general– sopesar en la balanza ningún elemento positivo. Este *ultracriticismo* tan mezquino y contraproducente ha tenido un fuerte componente de dogmatismo sectario e inquina facciosa. No se trata de lavarles la cara a Stalin y Mao, de volvernos cómplices indulgentes de las absurdidades o barbaridades del estalinismo y maoísmo, sino de cultivar la medida crítica de forma constructiva. No puede haber sido todo invariablemente malo en el “socialismo real”, y de hecho no fue así. Quienes en las izquierdas revolucionarias pontifican lo contrario, que todo fue pésimo sin excepción ni atenuantes, que nada –absolutamente nada– provechoso podría rescatarse de aquella vasta experiencia histórica, de aquel enorme experimento económico-social que duró tantos años (más de setenta en la Rusia bolchevique, cerca de treinta en la China maoísta) incurren en prejuicios políticos, en un apriorismo abstracto de lo más miope y fútil. Deberíamos superar estas pasiones tristes con temperancia racional y rigor crítico, e iniciar una ancha senda de investigaciones empíricas a fondo, de estudios meticulosos, con mucha historia comparativa e historia contrafactual que potencien nuestra imaginación utópica y nuestro pensamiento estratégico.

¿Qué hizo exactamente mal y bien la URSS en materia de producción, trabajo, salud, educación, vivienda, transporte, previsión social, género, minorías étnicas, cultura, infraestructura, medio ambiente, investigación y desarrollo, discapacidad, ocio, deporte, etc.? ¿Y qué ocurrió con los otros países europeos de la esfera de influencia soviética como RDA, Checoslovaquia, Hungría y Polonia? El historiador ruso Aleksandr Nogovishchev y la etnógrafa estadounidense Kristen Ghodsee, entre otros autores, están haciendo aportes notables a la soviología desde una perspectiva revisionista de izquierda. ¿Y qué hay de ese socialismo tan *sui generis* –menos estatista, menos centralizado– que se desarrolló en la Yugoslavia de Tito, con heterodoxia y autonomía respecto al Kremlin y al Pacto de Varsovia? ¿Nada de nada se puede rescatar del “socialismo real” en China, Vietnam y otros países del Asia oriental? ¿La Revolución Cubana es solo una

acumulación de errores y fracasos sin ningún legado, sin ninguna enseñanza? La realidad siempre es más compleja y matizada que nuestros prejuicios ideológicos...

Intuyo una objeción facilista por parte de muchos militantes –y algunos intelectuales– de izquierda: estás cayendo en el pecado de la nostalgia. Dado que el “socialismo real” ha fracasado rotundamente, dado que el estalinismo y el maoísmo persiguieron con ferocidad al trotskismo y otras izquierdas disidentes, el socialismo del futuro deberá ser –aducirán mis detractores– totalmente novedoso, vuelto a crear desde cero. El “espejo de la historia” (experiencias de la URSS, la China maoísta, la Yugoslavia socialista, etc.) puede servirnos solo por la negativa, de advertencia general, para no cometer las mismas equivocaciones, y nada más. Pero no puede sernos de utilidad por la positiva. Estamos condenados a la innovación absoluta, sin un legado teórico-práctico reivindicable. Este filoneísmo extremo y arrogante constituye una sofistería de lo más perniciosa. No se trata de volar como Ícaro en el cielo de las añoranzas evasivas y sus idealizaciones autocomplacientes, sino de mantener los pies sobre la tierra del realismo y la practicidad. Nada de esto se puede lograr sin una memoria e historiografía críticamente equilibradas, capaces de discernir tanto lo malo que nos ha dejado el “socialismo real” (muchas lecciones amargas, que no quepan dudas) como lo bueno (varias enseñanzas luminosas, debíamos admitir con ecuanimidad, sin culpa ni vergüenza).

Extraviarse en la nostalgia soviética o socialista no tiene sentido, pero sí lo tiene comprender por qué tanta gente en la Europa oriental y central experimenta ese sentimiento. En las regiones germanas que integraron la RDA (Sajonia, Brandemburgo, Turingia, etc.), el fenómeno está muy extendido y tiene una impronta peculiar, a punto tal que se acuñó en alemán un chispeante neologismo: *Ostalgie*, que juega con la paronimia de *Nostalgie* (nostalgia) y *Ost* (Este). En 2019, con motivo del trigésimo aniversario de la caída del Muro de Berlín, el Instituto Allensbach dio a conocer una encuesta que causó conmoción: el 57% de los alemanes orientales opinaba que estaba materialmente mejor en tiempos de la RDA. El 49% matizó esta opinión admitiendo el problema político y cultural de la falta de libertades democráticas, pero un 8% aseveró categóricamente que era más feliz bajo el socialismo. Vale decir que, para una mayoría clara de la sociedad germano-oriental, la reunificación nacional bajo el régimen capitalista había significado un deterioro económico y social, no solo a corto plazo (coyuntura transicional de *shock*, preludiando los noventa), sino a largo plazo (resultado final del proceso, treinta años después).¹³

En Rusia y otras repúblicas de la antigua URSS ocurre algo similar, igual que en varios países que integraron el Pacto de Varsovia. En lo que va de este siglo, diversas encuestadoras eslavas y occidentales –la ONG rusa Levada y la multinacional estadounidense Gallup, por solo mencionar dos especialmente conocidas– han sondeado el fenómeno en diferentes lugares y momentos, y siempre los resultados causan asombro y perplejidad a los grandes medios –liberales otanistas o prorrusos soberanistas, pero en ningún caso revolucionarios anticapitalistas– que difunden la noticia: una proporción muy significativa de la población declara añorar los tiempos de la Unión Soviética y del “socialismo real”. El fenómeno es fluctuante pero muy persistente. Se viene registrando desde los noventa –tan tempranamente como 1992-93, inmediatamente después del colapso de la URSS– hasta la actualidad. Hacia 1999, cuando Yeltsin concluía su largo gobierno neoliberal de *shock*, la nostalgia soviética rondaba el 75% de la sociedad rusa, sentimiento que venía creciendo desde un piso nada bajo, por cierto: a inicios de su gestión, el 50% ya decía estar arrepentido de haber abandonado el régimen socialista. Con la estabilización y recuperación económicas del primer decenio putinista, la nostalgia soviética descendió hasta el 40/50 por ciento de la población rusa. Pero luego repuntó durante los tiempos difíciles de recesión o estancamiento provocados por las sanciones occidentales y la crisis pandémica, hasta alcanzar el 65% en 2020 y el 63% en 2021, últimos años compulsados por Levada (al parecer, la escalada de la guerra contra Ucrania en febrero de 2022, a causa de la llamada “Operación Militar Especial”, derivó en censura putinista o autocensura por efecto *rally ‘round the flag*: se consideró

¹³ Cf. <https://gropedia.com/page/Ostalgie>.

antipatriótico seguir midiendo la añoranza por la URSS)¹⁴. En 2013, una encuesta de Gallup realizada en once de las quince repúblicas postsoviéticas (Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia y todas las del Asia transcaucásica y central, con excepción de Uzbekistán)¹⁵ reveló que el 51% consideraba la disolución de la URSS como más perniciosa que beneficiosa, con picos de 66 y 61 por ciento en Armenia y Kirguistán, respectivamente. En 2017, el Pew Research Center constató algo similar: la mitad o más de los armenios, bielorrusos y moldavos echaban de menos la estabilidad económica e integración social de los tiempos soviéticos.¹⁶ Durante estos últimos años, con la espiral bélica de Ucrania y el retorno anacrónico de la retórica *Cold War*, los sondeos de nostalgia soviética se han vuelto algo tabú, desde luego, tanto en la Rusia putinista como en el Occidente rusofóbico. Ni hablar en Alemania, donde la tergiversación y demonización de la *Ostalgie* ha alcanzado ribetes delirantes, so pretexto del crecimiento de la ultraderecha neonazi, principalmente de la AfD (fenómeno que ha discurrido en paralelo con la criminalización del movimiento propalestino, bajo la etiqueta mendaz y difamatoria de “antisemitismo”, aplicada incluso a personas judías, antisionistas o no).

¿Qué hay detrás de la nostalgia soviética o socialista? Las encuestas son elocuentes. Se añora una sociedad que, más allá de sus carencias y desviaciones, de sus errores y horrores (desde las ineficiencias burocráticas de la planificación central hasta las aberraciones dictatoriales del partido único, pasando por la eritrocitosis del complejo militar-industrial y la anemia de bienes y servicios asociados al confort), garantizaba muchos derechos esenciales de forma universal: pleno empleo, estabilidad laboral, salario digno, condiciones de

¹⁴ La Rusia de Putin evolucionó desde la ortodoxia neoliberal más pura y dura (el *laissez faire* salvaje heredado en 2000 de un Yeltsin asperrimamente globalista y occidentalista, despiadadamente ajustador y privatizador-desregulador) hacia la heterodoxia soberanista y bonapartista del capitalismo de Estado. Un capitalismo de Estado sustentado en dos pilares: el populismo patriotero y conservador del movimiento *Yedinaya Rossiya* (Rusia Unida) y el gran auge exportador de los *commodities* energéticos (hidrocarburos). Durante muchos años, el capitalismo de Estado de la Rusia putinista –que incluye el «interregno» de Medvédev entre 2008 y 2012– fue muy timorato en sus avances desarrollistas y redistributivos, en claro contraste con la China posmaoísta de Xi Jinping y sus predecesores. Sin embargo, debe admitirse que el proceso se aceleró sensiblemente en 2022 con la guerra de Ucrania, subrogada por la OTAN. Bajo esta amenaza existencial de Occidente, el capitalismo de Estado de la Federación Rusa ha dado un gran salto adelante en términos de variables macroeconómicas y políticas de bienestar social, apalancado por el “keynesianismo militar”, en palabras del sociólogo marxista ucraniano Wolodymyr Ischtschenko. Véase su artículo pionero de intervención pública “Russia’s military Keynesianism”, en *Al Jazeera*, 26 de octubre de 2022. Para un tratamiento académico más riguroso, dotado ya de una mayor amplitud diacrónica, puede leerse su *paper* –en coautoría con Ilya Matveev y Oleg Zhuravlev– “Russian Military Keynesianism: Who Benefits from the War in Ukraine?”, en *PONARS Eurasia Policy Memo*, nro. 865, nov. 2023.

No hay que hacerse ninguna ilusión socialista con Putin y sus adláteres de Rusia Unida. En reiteradas ocasiones han hecho «profesión de fe» anticomunista. Le reprochan a los bolcheviques su anticapitalismo y ateísmo/laicismo, y también sus medidas “disolventes” contra la “grandeza imperial” de Rusia y el orden patriarcal tradicional. El putinismo es un típico movimiento burgués conservador –aunque no liberal, ni en lo económico ni en lo político– basado en el cuadrinomio “Dios, patria, familia y propiedad”. Por supuesto que el putinismo se ve obligado a hacer una gran excepción histórica con el Stalin de la Gran Guerra Patria y el apogeo soviético en la Guerra Fría (especialmente bajo el liderazgo de Krushev). La victoria de la URSS sobre los nazis, el avance triunfal del Ejército Rojo por toda Europa del Este, la anexión de las repúblicas bálticas a la Unión Soviética, la hegemonía de Moscú sobre los países signatarios del Pacto de Varsovia y la conversión del coloso eurasiático en una superpotencia mundial –desde la carrera armamentista y nuclear hasta la carrera espacial, pasando por la competencia olímpica– son hechos incontestables. Nunca Rusia fue tan poderosa y respetada –o temida– como durante el período estalinista y postestalinista, ni siquiera en el cenit del imperio de los Romanov, con el zar Pedro el Grande y la zarina Catalina la Grande, o con el emperador Alejandro I, némesis de Napoleón en la Guerra Patria de 1812 y musa inspiradora del arte clásico ruso (Tolstói, Chaicovski, etc.). Lo mismo le pasó a la derecha monárquica y ultramontana francesa con la mística imperial napoleónica. ¿Cuándo Francia fue más grande que con el “Pequeño Corso”, el máximo genio militar del mundo moderno, aquel conquistador y estadista extraordinario, “tirano monstruoso” engendrado por la Revolución Francesa, culmen de la “subversión” e “impiedad”? A Gran Bretaña le hubiera pasado lo mismo con el regicida y puritano de Cromwell, personaje estelar de la Revolución Inglesa. Pero la reina Victoria y su *Pax Britannica* –la gran talasocracia capitalista y colonialista del siglo XIX, el mayor imperio intercontinental de la historia universal– revirtieron esa «anomalía humillante», que atormentaba las conciencias biempensantes de *Tories* y *Whigs* por igual.

¹⁵ Las otras tres repúblicas postsoviéticas no incluidas en la encuesta fueron las bálticas. Es probable que esta decisión se haya debido a la rusofobia visceral de Estonia, Letonia y Lituania, tardíamente ocupadas y anexionadas por la URSS –durante la Segunda Guerra Mundial, dos veces– con magros niveles de consentimiento popular. Sin embargo, hay que recordar que allí las minorías rusoparlantes son considerables, no tanto en Lituania (8%), pero sí en Letonia (34%) y Estonia (30%). Las personas que se reconocen como étnicamente rusas ascienden al 6% (Lituania) y 25% (Letonia y Estonia). Estas personas sufren graves discriminaciones sociales y legales, civiles y políticas. Su ciudadanía es de segunda categoría, un escándalo del que no se habla en la prensa hegemónica occidental.

¹⁶ Cf. [https://gropedia.com/page/Nostalgia for the Soviet Union](https://gropedia.com/page/Nostalgia%20for%20the%20Soviet%20Union).

trabajo progresivamente reguladas, educación y salud públicas de calidad, cobertura robusta de seguridad social, acceso facilitado a la vivienda, etc. También ofrecía otro beneficio: bajos niveles de desigualdad económica e injusticia social, al menos en comparación con el capitalismo. Desde los noventa, la ofensiva capitalista destruyó todo eso: privatización de servicios públicos, precarización laboral, desfinanciamiento de la sanidad y escolaridad... ¿Cómo no añorar entonces los años soviéticos, especialmente aquellos que precedieron al «estancamiento» brezhneviano y la debacle gorbachoviana? Tal nostalgia no supone, por lo general, ninguna negación acrítica de los serios problemas que aquejaban al “socialismo real”. La gran mayoría de los nostálgicos encuestados admite que la falta de democracia y el techo bajo de confort eran motivo de frustración y padecimiento. No obstante, priorizan el piso alto de necesidades básicas satisfechas. Y algo más, no menos importante: saben por experiencia que el confort capitalista no es para todos (ni parejo), y que la democracia liberal es una farsa plutocrática. En la Alemania oriental, donde otrora existió la RDA, muchos de estos nostálgicos traccionaron con su voto –no hace tanto, aunque no parezca– el masivo crecimiento electoral de Sahra Wagenknecht, un fenómeno político tan complejo y peculiar (expresión de un proletariado disconforme y autoorganizado, a la vez que manifestación de una izquierda reformista y desradicalizada, con intensa vocación de conciliación policlasista frente al *Mittelstand*) como incomprendido y estigmatizado (tergiversación y descalificación de cualquier crítica al wokismo, por sensata que fuere, como “rojipardismo”).

¿Idealización del pasado? ¿Malmenorismo retrospectivo? Quizás un poco, pero sería necio y arrogante reducir el fenómeno a eso. El “socialismo real” cosechó logros muy reales, bien tangibles. Hubo un medio vaso vacío, no hay dudas. Pero también hubo, innegablemente, un medio vaso lleno: universalidad de derechos esenciales garantizados, universalidad de necesidades básicas satisfechas.

El desafío por delante está muy claro: completar el vaso del socialismo con democracia sustantiva y confort moderado. Aunque apresurémonos a sumar un tercer elemento, hoy más imprescindible que nunca: una perspectiva ecológica radical, pero sensata y responsable en su decrecentismo (léase: no hacer *tabula rasa* de las asimetrías sociales y geopolíticas, o dicho más claramente, no equiparar abstractamente a los capitalistas superricos con los obreros precarizados, las personas indigentes y los campesinos en vías de proletarianización; ni a las grandes potencias hiperdesarrolladas del Norte Global, como Estados Unidos y China, con los países periféricos del Sur Global largamente expoliados y pauperizados, como Somalia y Haití).

Es lógico que progresistas y derechistas del “extremo centro” desprecien la nostalgia soviética con ceguera y altanería, pero es preocupante –e indignante– que tantos trotskistas y anarquistas hagan lo mismo. No se trata de arriar la bandera del antiestalinismo, tan valiosa para las izquierdas consecuentemente comunistas y libertarias (o democráticas), sino de mantenerla en alto con temperancia crítica, sin dogmatismos sectarios. En todo naufragio quedan restos a flote para aprovechar. No podemos darnos el lujo de practicar un utopismo *ex nihilo*, memorioso en su pesimismo y amnésico en su optimismo. Así como conocemos y comprendemos al dedillo en qué falló el “socialismo real” y por qué, debemos ser capaces de conocer y comprender en qué acertó. La dialéctica hegeliana nos enseña a aprehender los “momentos de verdad”. Si los aprehendemos, aprenderemos a ser mejores socialistas, es decir, revolucionarios anticapitalistas con la sapiencia necesaria no solo para reinstaurar el socialismo en las nuevas circunstancias del siglo XXI, sino también para encauzarlo –esta vez con éxito– hacia la utopía comunista.

5

Volvamos a la República Popular China. Mucho se está debatiendo sobre el coloso asiático, dentro y fuera de las izquierdas anticapitalistas. En este apartado quisiera centrarme en la compleja actualidad de China, no ya en su pasado maoísta.

China es hoy, indiscutiblemente, la mayor potencia industrial y comercial del mundo. Para la mayoría de los analistas, representa también la mayor potencia tecnológica, aunque este estatus todavía es muy reciente y no hay un consenso unánime al respecto, sobre todo en Occidente y muy especialmente en Estados Unidos, por obvias razones. China no ocupa el primer puesto en población (India ya la supera, por escaso margen)¹⁷, superficie (Rusia y Canadá son más grandes, aunque el segundo por poca diferencia) y recursos naturales (ocupa el quinto lugar), pero de todos modos es un gigante en términos demográficos, territoriales y geoeconómicos (incluyendo minerales críticos y tierras raras). Sus mayores falencias, que a menudo se exageran desde Occidente, radican en los rubros agropecuario y energético, que China compensa a través de importaciones masivas desde *–grosso modo–* Rusia y Medio Oriente en el caso de los hidrocarburos, y América y Asia-Pacífico en el caso de los productos agrícolas y ganaderos. Donde China todavía no ha superado a Estados Unidos es en dos ámbitos: el militar y financiero. Son ámbitos de gran importancia estratégica, sin dudas. Pero en ambos, China se está acercando al *hegemón* imperial a pasos agigantados, a medida que expande y moderniza su armamento *–siguiendo el ejemplo de Rusia, la segunda potencia militar convencional del orbe–*¹⁸ e impulsa la desdolarización de la economía global a través de varios expedientes, entre ellos el CIPS y el petroyuán (cuya expansión se está acelerando por la crisis del Golfo Pérsico). Si China no es hoy, aún, la economía n.º 1 del mundo, el país con mayor PBI, eso se debe al factor financiero del “imperialismo del dólar”¹⁹, aunque hay toda una polémica en torno a cómo medir mejor el producto bruto interno, y no faltan economistas que ya sitúan a China como primera potencia económica mundial.

Se discute también mucho, especialmente en el seno de las izquierdas, si China es imperialista. Los autores que restringen el imperialismo a la variable económica de la exportación de capitales, aferrándose a la vulgata leninista (James Petras, por ejemplo), consideran que sí lo es. Quienes nos oponemos a reducir el imperialismo no ya a la exportación de capitales, sino a la dimensión económica en general, por considerar que lo geopolítico-militar también cuenta y mucho (sin tampoco minimizar lo cultural), pensamos que definir a China como potencia imperialista es problemático, fuera quizás de algunos casos puntuales como la cuestión taiwanesa, el conflicto uigur en Sinkiang y el separatismo tibetano (que, de todos modos, deben examinarse *cum grano salis* debido a la injerencia estadounidense y la propaganda occidental)²⁰. Lo cual no quiere decir, por supuesto, que China, con el paso del tiempo, no acabe mereciendo ese rótulo. La mayoría de los analistas serios rechaza el concepto “imperialismo chino” o plantea grandes reparos (Claudio Katz, entre otros). Lo que se discute mucho más, y con menos insensatez escolástica, es el futuro de China: los realistas clásicos de las relaciones internacionales (John Mearsheimer, Glenn Diesen, etc.) son escépticos sobre la posibilidad de que China no caiga, a largo plazo, en la “tentación del imperio” (léase: supremacía mundial o regional con *hard power*), mientras que los revisionistas optimistas como Einar Tangen y Sabino Vaca Narvaja postulan escenarios más o menos excepcionalistas, desde una multipolaridad perfecta *–basada en una presunta capacidad de autolimitación sui generis de Pekín–* hasta una hegemonía benévola, puramente sustentada en *soft power*. Quien escribe estas líneas, se inclina por la tesis realista: tarde o temprano, China tenderá hacia el imperialismo, como todas las grandes potencias de la historia. Por lo demás, no es cierto que

¹⁷ Este cambio se ha debido no solo a las políticas de control de la natalidad, sino también a la “segunda transición demográfica” que experimentan a largo plazo, en general, los países desarrollados con altos niveles de industrialización y urbanización, avances sustanciales en sanidad y educación, grandes segmentos de clase media y generalización de los métodos anticonceptivos. También en China la fecundidad ha descendido por debajo del nivel de reemplazo y la población está envejeciendo.

¹⁸ No obstante, la Federación Rusa es la mayor potencia nuclear, no solo por su arsenal de ojivas sino también por su ventaja decisiva en misiles hipersónicos, una tecnología que solo han desarrollado completamente Rusia y China.

¹⁹ Cf. Maurizio Lazzarato, *El imperialismo del dólar*, Bs. As., Tinta Limón, 2023.

²⁰ Más allá de todas las exageraciones paranoicas del Tío Sam y sus vasallos del Asia-Pacífico, las reivindicaciones territoriales de China asociadas a la «línea de los nueve puntos» podrían considerarse, en muchos casos, atisbos de irredentismo imperial. Basta con ver un mapa. Beijing pretende la soberanía de casi todo el mar de China Meridional (aguas e islas), incluso en áreas que están mucho más cerca *–y en la plataforma continental de–* otros países del Sudeste Asiático, como Vietnam y Filipinas. El ejemplo más extremo de esta *hybris* irredentista es Zengmu, un banco de arena con cierto valor geoestratégico (habida cuenta su ubicación e hidrocarburos). China, gran potencia de la región, disputa su control con la pequeña Malasia. Zengmu está a solo 83km de la costa malaya y a más de 1.500 de China... Además, Zengmu se halla en la plataforma de Borneo (la isla donde se extiende Malasia).

China no tenga un pasado imperialista. El imperio chino conoció varias fases expansionistas en su milenaria historia, desde la antigua dinastía Qin (siglo III a.C.) hasta la moderna dinastía manchú (1636-1912). Sus relaciones con otros pueblos de la región no se redujeron a medidas defensivas como la construcción de la Gran Muralla. Hubo también grandes anexiones territoriales e imposiciones tributarias *manu militari*, complementadas por actos simbólicos de sumisión al emperador, como la humillante ceremonia del *kowtow* (prosternación). El expansionismo chino tuvo un amplio radio de control soberano: desde los inclementes desiertos de Mongolia y los fértiles valles de Manchuria hasta las junglas monzónicas del norte de Vietnam, desde las prósperas islas de Hainan y Taiwán hasta las remotas montañas del Tibet, desde la península de Corea hasta las estepas centroasiáticas del Sinkiang. Sin contar los vasallajes o suzeranías en la periferia, un ámbito de hegemonía también muy dilatado. Que todas estas conquistas e incrementos de injerencia imperial se hayan consumado por vía terrestre en vez de naval, y que la dominación de otros pueblos no haya asumido todos los caracteres clásicos del colonialismo europeo moderno de ultramar (como la segregación racista de las comunidades nativas y la rapiña extractivista de sus territorios ancestrales), son cuestiones metodológicas que no alteran el meollo del asunto. Lo mismo vale para Rusia y su profuso pasado imperial eurasiático bajo la autocracia zarista de los Romanov, empezando por Iván el Terrible en el siglo XVI; aunque los putinistas y prorrusos, tan propensos a la idealización romántica de la “Madre Rusia” y la “Tercera Roma” entre “todas las Rusias”, declamen lo contrario.²¹

Pero el mayor debate acerca de China gira en torno a su sistema económico. Hay cuatro posiciones al respecto. La más optimista es, desde luego, la del “socialismo con características chinas”, que constituye la línea oficial del PCCh desde los tiempos Deng Xiaoping, el primer líder revisionista de la transición posmaoísta. La postura diametralmente opuesta o más pesimista es aquella según la cual China –hablamos de intelectuales como David Harvey y Minqi Li– se ha convertido en un país no solo capitalista, sino también neoliberal como tantos otros, con algunas peculiaridades políticas y culturales, pero sin ninguna singularidad económica de gran calado. Entre medio, hay dos posiciones: por un lado, quienes interpretan que China representa un híbrido transicional inclasificable entre el viejo socialismo y el nuevo capitalismo, sin que por ahora esté claro cuál sería el elemento predominante, si lo hubiere, ni tampoco cuál será el resultado final del proceso (Richard Wolff, Rafael Poch-de-Feliu, el propio Katz, etc.); y por otro lado, quienes juzgan que China constituye un capitalismo de Estado donde el socialismo maoísta ya se ha vuelto residual (Ian Bremmer, Au Loong-Yu, Valério Arcary y otros). Aquí no podemos abordar esta peliaguda discusión, pero quisiera señalar mi postura: me inclino por la tesis del capitalismo de Estado, dejando algún margen de duda razonable a la tesis de la hibridez. Las tesis extremas –optimismo socialista y pesimismo neoliberal– me parecen endebles. Desguazan las categorías de socialismo y neoliberalismo, volviéndolas confusas e inútiles. Ni cualquier forma más o menos intensa de estatismo regulatorio, empresarial y planificador con horizontes redistributivos es necesariamente socialista, ni cualquier economía de mercado con dinámicas de acumulación y competencia de capitales es necesariamente neoliberal. Así como no parece sensato equiparar a China con Corea del Norte y Cuba, tampoco parece sensato equipararla con Singapur o Japón. No todo estatismo es socialismo, ni todo capitalismo es neoliberalismo.

Es cierto que China está plenamente inserta en la globalización neoliberal y sus dinámicas estructurales (como la financiarización), y que esa inserción no resulta inocua: tiene consecuencias internas, como la precarización laboral y el ascenso de una élite burguesa de multimillonarios. También es verdad que el desmantelamiento del Estado de bienestar, la pauperización de las masas populares y el aumento de la desigualdad social son indicadores seguros de neoliberalismo que contrapesan la robustez del sector público:

²¹ Lavrov, el canciller ruso, declaró hace unos meses que “Groenlandia no es una parte natural de Dinamarca”, y que la subordinación a Copenhague del pueblo inuit que habita esa isla americana se funda en “una conquista colonial”. Lavrov tiene toda la razón, pero Moscú no está en condiciones morales de denunciar eso. ¿Acaso la Rusia zarista no conquistó a un sinfín de pueblos en el Asia transcaucásica y central, así como en Siberia, incluyendo los yupiks del Ártico, tan afines a sus vecinos inuits en genética, lengua y cultura? Cf. www.pagina12.com.ar/2026/01/20/rusia-se-mete-en-el-conflicto-por-groenlandia-y-afirma-que-la-isla-no-es-dinamarca.

impuestos, regulaciones, empresas estatales o mixtas, planificación central, etc. Pero China no pudo ser reducida sin más a su desenvolvimiento externo en el sistema económico mundial, y a lo largo de los últimos dos decenios el welfarismo ha estado recuperando terreno de forma muy significativa y sostenida en el titán asiático, al tiempo que la indigencia ha caído en picada y la pobreza ha disminuido sensiblemente, tanto en zonas rurales como urbanas; todo ello de la mano con mejoras nada desdeñables en el coeficiente Gini y una expansión fenomenal –absoluta y relativa– de los sectores medios. Sin dudas, la “Reforma y Apertura” provocó una severa regresión social en la República Popular China durante sus primeros treinta años, mientras se convertía en la mayor fábrica trabajo-intensiva de bienes sencillos del planeta. Pero tras la crisis de 2008, esta tendencia se ha ido revirtiendo con el gran salto tecnológico. La foto actual de China es muy distinta a la foto de 2001, cuando la República Popular se incorporó a la OMC agudizando la precariedad laboral de los ochenta y noventa. Hay analistas que parecen haberse quedado prendidos a una coyuntura que ya pasó hace tiempo... Por lo demás, el Estado chino no ha sido controlado por la emergente burguesía. Sigue en manos de los *ganbu*, los cuadros políticos del PCCh, que han perpetuado –con algunos retoques lampedusianos tras la revuelta de la Plaza de Tiananmén del 89– la dictadura de partido único del maoísmo, ampliamente favorecida por las nuevas tecnologías (la biopolítica digital de los algoritmos y la IA, que la crisis pandémica aceleró).

De cualquier modo, sería un grave error equiparar capitalismo de Estado con Estado de bienestar, como hacen muchos intelectuales de izquierda, explícita o implícitamente. Desde los nazifascismos del período de entreguerras, sabemos muy bien que el capitalismo puede asumir formas estatizantes bonapartistas poco y nada progresivas, cuando no directamente reaccionarias, antiobreras. Pero el punto que más me interesa destacar es otro: las motivaciones subyacentes en quienes postulan que China es neoliberal e/o imperialista. ¿Realismo crítico o inquina sectaria? Sin descartar lo primero, tiendo a sospechar que hay mucho de lo segundo. La animosidad facciosa contra el PCR, contra el maoísmo, contra “los chinos”, tan común en algunos sectores del marxismo (especialmente entre los trotskistas), podría estar sesgando –consciente o inconscientemente– el análisis de la compleja realidad de China. Sería lamentable, pero no sorprendente. Si la intransigencia de nuestro anticapitalismo depende de una pseudo-xinología apriorística al servicio del sectarismo, estamos en perdidos. Las izquierdas revolucionarias no deberían idealizar a la República Popular China: no es socialista ni democrática, ni parece encaminarse a serlo (al contrario, el capitalismo y la dictadura gozan de muy buena salud en ella). Pero tampoco deberían atribuirle a China vicios que no tiene, al menos por ahora. Mesura crítica es lo que se necesita.

6

¿Hay algo bueno para atesorar del gran experimento chino del siglo XXI? El sistema económico capitalista y la dictadura de partido único claramente no, al menos para las izquierdas revolucionarias que insisten en un relanzamiento del socialismo antiautoritario como ruta de acceso al comunismo libertario. Tampoco el desarrollismo tecno-optimista, fascinado con una vorágine de crecimiento económico y progreso tecnológico de muy problemáticas o riesgosas consecuencias, no solo en términos ecológicos y socioambientales (extractivismo, productivismo, consumismo, etc.), sino también culturales, en el más amplio de los sentidos (impactos materiales y subjetivos, dilemas éticos, peligros políticos y otros nubarrones distópicos). ¿Nada rescatable, entonces? ¿Todo desechable?

Me cuento entre aquellos socialistas que ven algo positivo en la China actual. No me refiero a obvia ausencia de *laissez faire*. No estoy pensando en algo tan palmario como la presencia de un sector público muy vigoroso y redistributivo –para los parámetros del capitalismo actual– que persevera en desplegar toda una panoplia de acciones regulatorias, exigencias impositivas, obras públicas y empresas estratégicas nada

usuales desde el punto de vista de la ortodoxia neoliberal (las políticas asistenciales y de bienestar social también crecen, con rezago, pero crecen). Estoy pesando en la planificación central de la economía. El “milagro chino” le debe mucho a los meticulosos planes de mediano plazo y los ambiciosos objetivos estratégicos de largo plazo, una marca distintiva del capitalismo de Estado chino. No hay dudas de que la planificación central es una herencia del socialismo maoísta, que a su vez abrevó en la tradición soviética estalinista: los famosos “planes quinquenales”, que ya son quince en la República Popular China (el primero fue durante 1953-1957 y el último comenzó a desarrollarse en 2026 de cara a 2030).

Nótese la siguiente paradoja: lo mejor del capitalismo chino, la gran clave de su éxito en términos de eficacia y eficiencia (amén de la escala excepcionalmente grande de la economía china), radica en una ventaja de origen no capitalista, de procedencia típicamente socialista. Es una planificación central totalmente renovada, mucho más sagaz y versátil, sin las rigideces doctrinarias y burocráticas del viejo estatismo maoísta. Pero claro: también es una planificación central *sobreadaptada* al mercado y a la lógica del capital... ¿Podemos extraer algo valioso de ella para un nuevo proyecto socialista revolucionario? ¿Es posible utilizar parcialmente, selectivamente, la metodología de los *wǔ nián jìhuà*, en su versión actual, para una finalidad futura totalmente anticapitalista? Mientras que la historia nos enseña que la clásica planificación central del “socialismo real” no condujo al comunismo, el presente nos alerta que la planificación central versión 2.0 de la China posmaoísta está fortaleciendo al capitalismo (un capitalismo de Estado, no neoliberal, pero capitalismo al fin de cuentas). Sin embargo, tiendo a pensar que algo bueno podríamos rescatar de ambas experiencias históricas, con cautela y criticidad. Esta cuestión, por supuesto, se solapa en parte con el debate sobre socialismo y mercado.

En las distintas transiciones revolucionarias socialistas del siglo XX, hubo claramente *socialización de los medios de producción*: estatización de empresas capitalistas y latifundios, cooperativización de campesinos y artesanos u obreros (a veces libre pero mayormente forzosa, por desgracia). También hubo nacionalización de la banca y del comercio exterior, amén de planificación central de la economía y “abolición” (léase: muy severa limitación anticapitalista) del derecho de herencia.²² Pero el mercado no fue suprimido: la circulación de mercancías y el uso del dinero siguieron existiendo, aunque restringidamente. Hubo un intento de abolirlo durante el “comunismo de guerra”, pero no prosperó y pronto la NEP lo reafirmó. Era un mercado bastante acotado y severamente regulado, a los efectos de contrarrestar las tendencias inmanentes al lucro y la acumulación capitalistas. Pero mercado al fin de cuentas. Este mercado formal, oficial, estrechamente reglamentado y controlado por el Estado, coexistió siempre con un mercado negro o *barrani*, clandestino; y también –no lo olvidemos– con mecanismos no comerciales de distribución masiva dirigidos por el poderoso Gosplán, con mayor o menor grado de eficacia y eficiencia. Las proporciones de esta contradictoria coexistencia fueron variando a lo largo del tiempo, según las circunstancias históricas. El mercado negro alcanzó su punto más alto en los años últimos de la URSS, con la agudización de la crisis económica y los racionamientos, es decir, bajo el liderazgo de Andrópov, Chernenko y Gorbachov (entre 1982 y 1991).

Hay una excepción: la Camboya del nefasto dictador Pol Pot, entre 1975 y 1979. Los Jemeres Rojos, en su demencial prosecución de una utopía agraria primitivista de dudosa inspiración socialista y retorcida

²² En abril de 1918, el gobierno bolchevique promulgó un decreto prohibiendo la sucesión patrimonial, tanto por ley como por testamento. A partir de entonces, cuando una persona fallecía, sus bienes eran confiscados y pasaban a ser propiedad del Estado. Sin embargo, se contemplaron excepciones que, en la práctica, hicieron que la inmensa mayoría del pueblo ruso –toda la sociedad, salvo la élite de los grandes nobles y potentados burgueses– no se viera afectada por la reforma. Se podía legar y heredar bienes muebles, inmuebles y ahorros –tanto con fines consuntivos como productivos– siempre que estuvieran basados en la *propiedad personal*, estimada en un máximo de 10.000 rublos, desde objetos de uso doméstico y herramientas de trabajo hasta viviendas y terrenos. La NEP flexibilizó este régimen: las sucesiones patrimoniales por montos superiores a 10 mil fueron rehabilitadas, pero con gravámenes muy elevados, de hasta el 90% para las grandes fortunas. Posteriormente, el estalinismo morigeró el impuesto sobre la herencia (al tiempo que impulsaba la colectivización a gran escala), pero manteniendo siempre tasas muchísimo más altas que las existentes en los países capitalistas, incluyendo aquellos con sistemas tributarios más progresivos, como los escandinavos.

justificación marxista, intentaron erradicar por completo, súbitamente, el sistema de mercado, suprimiendo la moneda y el régimen salarial, e ilegalizando las operaciones de compraventa y las instituciones bancarias, incluyendo el Banco Nacional, que fue dinamitado.²³ La tragedia humanitaria que sobrevino en Kampuchea Democrática, con sus hambrunas atroces y violaciones masivas de los derechos humanos (incluyendo uno de los peores genocidios del siglo XX), resulta suficientemente ilustrativa de los peligros que encierra una transición socialista donde la urgencia revolucionaria degenera en un aceleracionismo histórico irrealista e irresponsable, sin límites éticos.

¿Hubiese sido posible erradicar tempranamente en Rusia el salariado, el dinero y el sistema de precios? Retrospectivamente no parece, habida cuenta las condiciones objetivas y subjetivas heredadas del Antiguo Régimen zarista y los cinco años de devastadora guerra civil: el atraso tecnológico y económico, la escasez material (penuria extrema, en muchos casos), la inercia de la cultura prerrevolucionaria, el “fetichismo de la mercancía” tan arraigado en los hábitos cotidianos y la mentalidad de las masas... Añádase el fracaso de la revolución socialista a nivel internacional, que impidió a la emergente –y tan apremiada– Unión Soviética contar con el socorro y la cooperación del Occidente más avanzado, especialmente de Alemania, la gran esperanza de Lenin y Trotsky, a causa de su excepcional desarrollo industrial y poderoso movimiento obrero (además de su vecindad por tierra y mar, circunstancia geoeconómica clave, que suele pasarse por alto). Más allá de errores no forzados y desviaciones evitables, que siempre tienen alguna incidencia en los procesos históricos, la NEP y el estalinismo significaron, en lo fundamental, la adaptación de la URSS a la dura realidad de un mundo donde la revolución socialista no había logrado propagarse con éxito desde la subdesarrollada periferia rusa hasta el centro europeo más desarrollado.²⁴

²³ Como prometió hacer Milei con el Banco Central de la República Argentina en la campaña de 2023, quimera demagógica que nunca cumplió. Al contrario, el BCRA se ha vuelto más intervencionista que nunca. *Res, non verba*, podría ufanarse Pol Plot.

²⁴ Esa propagación era muy temida por el inglés Halford J. Mackinder (1861-1947), uno de los grandes teóricos de la geopolítica mundial. Conservador y apologeta del imperialismo británico, Mackinder venía alertando, desde unos diez años antes de la Primera Guerra Mundial, sobre el peligro de una integración sinérgica entre el *Hearthland* eurasiático (básicamente Rusia, gigante territorial con profundidad estratégica e incalculables recursos naturales) y el *Rimland* centroeuropeo (esencialmente Alemania, gran potencia capitalista con proyección marítimo-colonial *in crescendo* y formidables capacidades científico-tecnológicas e industriales). La caída revolucionaria de los emperadores Hohenzollern y Romanov, entre 1917 y 1918, no trajo ninguna calma a Mackinder. Al contrario, se alarmó: en un primer momento, porque la Alemania imperial aprovechó la crisis en la retaguardia rusa para expandirse hacia el este, llegando mucho más allá de Polonia (hasta Crimea, Ucrania, Bielorrusia, los Países Bálticos y Finlandia); en un segundo momento, tras la destitución del *Kaiser* en la Revolución de Noviembre, porque los socialistas insurrectos de Rusia y Alemania parecían llamados a salvarse unos a otros y ayudarse mutuamente, asociándose fraternalmente en una gran federación soviética desde el Pacífico, Siberia y el Asia central hasta el Báltico, Renania y el Mar del Norte. La traición de los socialdemócratas mayoritarios y el fracaso de la *Novemberrevolution* frustró esa alianza proletaria internacionalista, pero Mackinder siguió desvelado por la posibilidad de una integración entre el *Hearthland* ruso y el *Rimland* alemán, sea cual fuere su signo político-ideológico. En la década del treinta, el empoderamiento de la URSS con Stalin y la resurrección del *Reich* bajo el nazismo renovaron su temor, que fue creciendo a medida que se acercaba la Segunda Guerra Mundial. El confuso pacto Ribentrop-Mólotov de 1939, que derivó en la invasión y reparto de Polonia, no fue un buen augurio desde su interesada perspectiva jingoísta. Ni hablar de la Operación Barbarroja (que llegó hasta las puertas de Moscú y Leningrado en el norte, y hasta el Volga y el Cáucaso en el sur) y la contraofensiva del Ejército Rojo (que alcanzó Berlín, el Danubio y los Balcanes). Así y todo, Mackinder pudo morir con cierto alivio en los prolegómenos de la Guerra Fría, allá por marzo de 1947, pues al quedar Eurasia dividida por la “Cortina de Hierro”, la mayor parte de Alemania (no solo en territorio y población, sino también en PBI y capacidad científico-tecnológica e industrial) permaneció del lado capitalista ocupado por los Aliados occidentales, con el *hegemon* estadounidense a la cabeza y la propia Gran Bretaña como principal ladero de la superpotencia norteamericana (la única con arsenal nuclear en ese momento). Tras el deceso de Mackinder, la consolidación de los dos bloques mediante la OTAN y el Pacto de Varsovia –con su fortísima polarización geopolítica e ideológica– alejó aún más el fantasma de una gran integración eurasiática germano-rusa en cualquier futuro predecible, tendencia macroestructural que la muy diplomática y cautelosa *Ostpolitik* de Brandt no pudo ni quiso revertir, sino tan solo matizar, por razones de pragmatismo económico y prudencia securitaria. La caída del “socialismo real” en la Europa del Este y los crecientes vínculos económicos de la Alemania reunificada –y la UE– con la Federación Rusa encendieron algunas alarmas mackinderianas, pero el desasosiego no duró mucho: la OTAN decidió perpetuar su existencia, primero *sin* Rusia y luego –desde su primera ampliación en 1999– *contra* Rusia. En el siglo XXI, la escalada del conflicto euroatlántico-ruso por Ucrania, con Alemania especialmente implicada desde la ayuda militar o financiera a Kiev y desde la retórica antirrusa (en lo que se ha conocido como el *Zeitenwende* o “punto de inflexión” de Scholz), vuelve aún más improbable la concreción de la pesadilla mackinderiana (a no ser, claro, que se elucubren futuros delirantes como el de una conquista rusa de Alemania o una conquista alemana de Rusia en la próxima década). Así lo confirman, por ejemplo, el *silenzio stampa* de Berlín ante la escandalosa voladura de los gasoductos Nord Stream en 2022 –un sabotaje de falsa bandera de Ucrania con padrinazgo e intervención de la CIA y el MI6– y su política de rearme durante este último tiempo.

Es cierto que, a la salida de la Segunda Guerra Mundial, hubo una gran expansión del socialismo, tanto en Europa centro-oriental y los Balcanes como en el Asia-Pacífico (con la China maoísta a la cabeza), e incluso más allá (Cuba y un par de experiencias controvertidas o efímeras en África). Pero esta expansión no pudo llegar hasta el centro capitalista desarrollado, con dos excepciones, muy relativas por su modesta envergadura: Alemania oriental y Checoslovaquia, donde, de todos modos, el socialismo advino más por vía exógena (ocupación soviética) que endógena (revolución popular).

En síntesis, hubiera sido imposible –o extremadamente difícil– que el “socialismo real” lograra deshacerse del mercado más o menos rápidamente, dadas las circunstancias objetivas y subjetivas tan adversas que signaron su devenir histórico, tanto interna como externamente. Ya hemos enumerado esas condiciones, así que no es necesario decirlas aquí. Sí quisiera profundizar en algo que señalé al pasar: la priorización del desarrollo industrial pesado sobre el bienestar popular, tanto por razones de estrategia económica como de seguridad militar. Privilegiar a corto y mediano plazo la producción de bienes de capital, en desmedro de los bienes de consumo, respondía, por supuesto, a una lógica macroeconómica más que atendible, para nada exenta de legitimidad política y ética. Pero vistas las cosas en retrospectiva, parece evidente que el estalinismo y el maoísmo cometieron el error de sacrificar en demasía el nivel de vida de la población, por lo cual terminaron pagando no solo un alto costo político y moral (las hambrunas, por ejemplo), sino también un costo estrictamente económico (derrumbe del consumo interno). Una industrialización pesada más gradual y mejor integrada, menos acelerada y con menos desajustes estructurales, no tan reñida con el bienestar general de las masas campesinas y obreras, no tan subordinada al afán de competencia con Estados Unidos (en rubros duros como el armamentístico, el nuclear y el espacial), hubiese sido un mejor camino, aunque no exento de riesgos, como una debilidad militar más prolongada frente a la siempre amenazante OTAN. Parte del viejo y desacreditado planteo de Bujarin (el “socialismo a paso de tortuga”) podría ser rehabilitado, quizás.

No, una rápida superación del mercado en la larga transición socialista no hubiera sido factible, aun cuando la ola revolucionaria roja, desatada en algunos países de la periferia como Rusia y China, hubiese alcanzado la mayor parte del mundo, incluyendo el centro capitalista desarrollado. Las condiciones objetivas y subjetivas no lo hubieran permitido. ¿Una planificación central de las economías socialistas más eficiente, menos burocrática, hubiese cambiado la ecuación? ¿Hubiera posibilitado una transición acelerada? Pienso que no. En sociedades de tanta envergadura y complejidad como las modernas repúblicas del “socialismo real”,²⁵ la asignación de recursos por planificación central del Estado afrontaba problemas técnicos no menores. Dificultades probablemente irresolubles, debemos admitirlo con franqueza, con el nivel de conocimientos y capacidades del –en palabras de Hobsbawm– “corto siglo XX” (1914-1991).

Imposible aquí detenernos en el debate, verdaderamente inabarcable, acerca del *cálculo económico* en el socialismo: la afilada crítica por derecha de los ultraliberales austríacos Ludwig von Mises y Friedrich Hayek, la sofisticada propuesta por izquierda del revisionista polaco Oskar Lange, etc. Baste aquí con señalar lo siguiente: el modelo de Lange, en último término, era neoclásico en sus premisas y promercado en su corolario, vale decir, muy problemático para toda izquierda consecuentemente anticapitalista, pues buscaba simular la competencia comercial. ¿Una aberración inaceptable? No tanto, quizás... El socialismo de mercado, cautamente aprehendido en el marco de lo real y no de lo ideal –contexto dado, circunstancias no deseadas– de una transición revolucionaria a largo plazo desde el capitalismo al comunismo, merece una

²⁵ Sociedades imposibles de equiparar, sin más, con las tribus nómadas de cazadores-recolectores del Paleolítico, comunidades muy pequeñas y escasamente diversificadas, con bajo desarrollo de las fuerzas productivas (aquellas en que Marx y Engels pensaban cuando acuñaron el concepto de “comunismo primitivo”).

oportunidad, al menos en el campo teórico del pensamiento económico, la historia contrafactual y el debate político-estratégico.²⁶

De todos modos, actualmente, con el prodigioso desarrollo de las *TIC* (los avances en computación/informática y cibernética, la creación y expansión de internet, la revolución en los lenguajes de programación y algoritmos digitales, el procesamiento de *big data* o macrodatos, el perfeccionamiento a ritmo exponencial de la llamada “inteligencia artificial”, etc.), la capacidad de cálculo económico del socialismo parece haberse vuelto realidad, finalmente. La determinación exacta, a gran escala y en tiempo real, de los *inputs* y *outputs* del sistema de producción, distribución y consumo de bienes y servicios –igual que del sector ahorro e inversión– ha dejado de ser una quimera para autores como Leigh Phillips y Michal Rozworski, o Paul Cockshott y Maxi Nieto; una conclusión que ya había intuido el propio Lange en los sesenta, con un umbral tecnológico mucho más bajo (primeros escarceos de la cibernética, la computación y la informática) que el de nuestro presente; y que diversos autores fueron recuperando y afianzando con el correr de los decenios, como el mencionado Cockshott y Allin Cottrell en los noventa, al calor del *boom* de internet.²⁷ Phillips y Rozworski han argumentado plausiblemente que corporaciones multinacionales como Walmart y Amazon ya están gestionando –con elevados niveles de eficacia y eficiencia– economías centralizadas más grandes que la URSS, lo que sugiere que el problema del cálculo económico en un futuro socialista ya no sería insuperable. En un muy interesante artículo, el intelectual de izquierda colombiano Santiago García Cabrera ha resumido la cuestión así:

El legado de este último Lange fue continuado por la corriente «cibercomunista» (Cockshott & Nieto, 2017), quienes han respondido satisfactoriamente la crítica de Mises. Afirman que las condiciones tecnológicas para el procesamiento de la información requerida en una economía planificada han sido satisfechas con la cibernética moderna. En este sentido, el cálculo de las matrices insumo-producto no sería llevado a cabo por funcionarios de una oficina de planificación económica (como los dos millones de funcionarios del Gosplán soviético), sino por computadoras que estén programadas para este propósito, conectadas a través de internet. Los recientes avances en *big data*, *machine learning*, computación cuántica e inteligencia artificial sólo refuerzan este punto.²⁸

Permítaseme un rodeo. En su *Crítica del programa de Gotha*, Marx admitió con franqueza que la revolución socialista no podía ser una conversión mágica e instantánea de absolutamente todo lo existente, como en las afiebradas profecías milenaristas o mesiánicas, sino un *proceso histórico de transformación* con distintas velocidades de marcha según la dimensión social de que se trate. Para él, el pasaje del capitalismo al comunismo suponía una *fase de transición* en la cual, por ejemplo, seguiría existiendo provisionalmente el Estado, aunque no ya como “máquina de gobierno” al servicio de la dominación burguesa, como “organismo propio” separado de la sociedad, sino como “órgano completamente subordinado” a ella, como “dictadura revolucionaria del proletariado”²⁹. No creía viable –ni deseable– que el Estado pudiera ser abolido a corto plazo por los revolucionarios: la amenaza de la contrarrevolución –con o sin escalada de guerra civil– exigiría realismo político, prudencia defensiva, cierto pragmatismo.

No obstante, el autor de la *Crítica del programa de Gotha* sí creyó posible e imprescindible –y aquí vamos retomando nuestro hilo conductor– que la revolución socialista aboliera *ipso facto* el mercado, no solo la acumulación y competencia de capitales, sino incluso la mercancía, el salario, la moneda y el trueque. Dicho

²⁶ El socialismo de mercado de Lange inspiró –solo en parte– la experiencia yugoslava.

²⁷ Leigh Phillips y Michal Rozworski, *The People's Republic of Walmart: How the World's Biggest Corporations are Laying the Foundations for Socialism*, Verso, Londres/Nueva York, 2019. Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Cibercomunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*, Madrid, Trotta, 2017. P. Cockshott y Allin Cottrell, *Towards a New Socialism*, Nottingham, Spokesman, 1993. Oskar Lange, *Introducción a la economía cibernética*, Madrid, Siglo XXI, 1969.

²⁸ S. García Cabrera, “La crítica marxista al mercado”, en *Jacobin Latinoamérica*, 15 de agosto de 2023.

²⁹ Karl Marx, *Crítica del programa de Gotha*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1979 (1875), § IV, pp. 28 y 31.

de otro modo, no bastaba para Marx con erradicar la circulación mercantil capitalista: había que erradicar también la circulación mercantil simple, la dinámica M-D-M, que siempre es irracional y alienante, y que tarde o temprano –cual aprendiz de brujo– deriva fatalmente en la dinámica D-M-D' y su funesta caja de Pandora. En la transición socialista, el plusvalor generado por los trabajadores ya no sería apropiado privadamente por los capitalistas –aclara el pensador de Tréveris cuando discute con Lassalle, ya difunto, en torno a la vaga expresión “fruto íntegro del trabajo”– sino públicamente por el Estado obrero, que crearía con él un “fondo común”, del que se deduciría todo lo necesario para “reponer los medios de producción consumidos”, “aumentar la producción”, cubrir el “seguro contra accidentes, trastornos debido a fenómenos naturales, etcétera”, solventar “los gastos generales de administración”, sufragar “la parte que se destina a satisfacer necesidades colectivas, tales como escuelas, instituciones sanitarias, etc.” (acota Marx: “Esta parte aumentará considerablemente desde el primer momento, en comparación con la sociedad actual, y seguirá aumentando a medida que la sociedad se desarrolle”) y constituir “los fondos de sostenimiento de las personas no capacitadas para el trabajo, etc.; en una palabra, lo que hoy compete a la llamada beneficencia social”³⁰, las políticas asistenciales. Y remata:

Sólo después de esto podemos proceder a la “distribución” (...)

El “fruto íntegro del trabajo” se ha transformado ya, imperceptiblemente, en el “fruto parcial”, aunque lo que se le quite al productor en calidad de individuo vuelva a él, directa o indirectamente, en calidad de miembro de la sociedad. (...)

De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que *se ha desarrollado* sobre su propia base, sino de una [sociedad socialista] que acaba de *salir* precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede. Congruentemente con esto, en ella el productor individual obtiene de la sociedad –luego de hechas las obligadas deducciones– exactamente lo que ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. (...) La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que rindió. La misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la recibe de esta bajo otra forma distinta.³¹

Según Marx, en la transición socialista ya no habría salario, propiamente hablando. Cada trabajador cooperativizado sería retribuido por la sociedad de acuerdo con la magnitud del aporte laboral realizado, de acuerdo con “su cuota individual de trabajo”. Pero Marx no está hablando de una retribución monetaria, salarial, sino de un “bono” del que se han descontado una serie de ítems “para el fondo común” administrado (se sobreentiende a la luz de la cuarta parte de la *Crítica del programa de Gotha*) por el Estado obrero; bono intransferible –no monetizable, en teoría– que se cobra en especie, recibiendo una cantidad equitativa de “medios de consumo” de los “depósitos sociales”, que también estarían bajo gestión estatal. Ya no habría, pues, en esta sociedad transicional socialista, una distribución comercial. Los bienes y servicios habrían dejado de circular como mercancías, como productos privados transaccionales, que se compran y venden mediante dinero o trueque; todas formas resultantes del desgarramiento profundo que, en palabras de Bolívar Echeverría, “el desarrollo capitalista” ha provocado –o exacerbado– “entre el sistema de las necesidades de consumo y el de las capacidades de producción”³², entre la “*fase de disfrute*” y la “*fase de trabajo*”³³ del proceso reproductivo de la sociedad (desgarramiento irracional, caótico, ineficiente, ruinoso, fetichista,

³⁰ *Ibid.*, § I, pp. 8-14.

³¹ *Ibid.*, pp. 14-16.

³² Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI, p. 156.

³³ *Ibid.*, p. 168.

alienante). Pero tampoco existe todavía, en la transición socialista, para Marx, una distribución comunista que haya superado la lógica burguesa del intercambio de equivalentes.

Aquí [en la fase del socialismo] reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo. Pero, en lo que se refiere a la distribución de estos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta.

Por eso, el *derecho igual* sigue siendo aquí, en principio, el *derecho burgués*, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como *término medio*, y no en los casos individuales.

A pesar de este progreso, este *derecho igual* sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho de los productores es *proporcional* al trabajo que han rendido; la igualdad, aquí, consiste en que se mide por el *mismo rasero*: por el trabajo.³⁴

O sea, poscapitalismo sin comunismo. Sigue habiendo una organización política de tipo estatal (aunque sin dominación burguesa) y una distribución económica basada en el intercambio de equivalentes (aunque sin comercio, o sea, sin dinero y sin salario, ni ninguna otra forma mercantil). En la transición socialista aún no se ha alcanzado la utopía de la acracia, ni tampoco la utopía *de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades*. En palabras de Marx:

Pero unos individuos son superiores, física e intelectualmente a otros y rinden, pues, en el mismo tiempo, más trabajo, o pueden trabajar más tiempo; y el trabajo, para servir de medida, tiene que determinarse en cuanto a duración o intensidad; de otro modo, deja de ser una medida. Este derecho igual es un derecho desigual para trabajo desigual. No reconoce ninguna distinción de clase, porque aquí cada individuo no es más que un trabajador como los demás; pero reconoce, tácitamente, como otros tantos privilegios naturales, las desiguales aptitudes individuales, y, por consiguiente, la desigual capacidad de rendimiento. *En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad*. El derecho sólo puede consistir, por naturaleza, en la aplicación de una medida igual; pero los individuos desiguales (y no serían distintos individuos si no fuesen desiguales) sólo pueden medirse por la misma medida siempre y cuando se les coloque bajo un mismo punto de vista y se les mire solamente en un aspecto determinado; por ejemplo, en el caso dado, *sólo en cuanto obreros*, y no se vea en ellos ninguna otra cosa, es decir, se prescinda de todo lo demás. Prosigamos: un obrero está casado y otro no; uno tiene más hijos que otro, etc., etc. A igual trabajo y, por consiguiente, a igual participación en el fondo social de consumo, uno obtiene de hecho más que otro, uno es más rico que otro, etc. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho no tendría que ser igual, sino desigual.

Pero estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado.

En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el

³⁴ Marx, *op. cit.*, pp. 12-13.

estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!³⁵

En resumen, para Marx, la transición del capitalismo al comunismo no podía implicar –si pretendía ser viable– la abolición precoz de toda forma de Estado y de toda forma de intercambio de equivalentes. Cierta forma de *estatidad* (a nivel político-militar) y cierta forma de *transaccionalidad* (a nivel económico-distributivo) habrían de perdurar durante el socialismo, hasta su extinción final. Extinción que Marx veía como el resultado de un proceso gradual, acumulativo, de cambios interconectados en la base material y en la superestructura. Sin embargo, Marx creyó posible la abolición del mercado en la primera fase de la transición al comunismo, al mismo tiempo que la socialización de los medios de producción. La distribución de bienes y servicios podía hacerla el Estado sin dinero ni trueque, por medio de un sistema remunerativo de bonos intransferibles en reemplazo de los salarios. En esto (y no solo en esto), los bolcheviques se apartaron de las enseñanzas de Marx: la NEP sepultó muy pronto al “comunismo de guerra”. Incluso bajo el estalinismo colectivizador, la URSS siguió siendo –a su muy peculiar modo– una sociedad de mercado. Una sociedad poscapitalista (socialista en varios aspectos fundamentales, aunque no en todos)³⁶, pero sociedad de mercado al fin de cuentas: los trabajadores eran asalariados y gran parte de los productos y servicios circulaban como mercancías, usándose una nueva moneda como medio de pago: el rublo soviético.

¿Los bolcheviques traicionaron a Marx? Es más complejo... Igual que con *El capital* y otras de sus obras esenciales, Marx escribió la *Crítica del Programa de Gotha* (1875) pensando en las sociedades capitalistas avanzadas del Occidente moderno, como Inglaterra (meca y cuna del capitalismo industrial, donde vivía desde hacía casi treinta años, y donde moriría en 1883), Francia o Bélgica (sus dos exilios entre 1843 y 1849); pero muy especialmente en la Alemania unificada, su tierra natal, que se había vuelto una gran potencia industrial en tiempo récord, y que estaba en camino de superar a la Gran Bretaña victoriana en desarrollo económico y tecnológico (lo lograría en el último decenio del siglo XIX). Los socialdemócratas alemanes, liderados por Liebknecht y Bebel, le habían enviado a Marx, su maestro radicado en Londres, el borrador del programa que se iba a discutir en el Congreso de Gotha (Turingia), tendiente a lograr la integración del socialismo germano, la fusión entre sus dos grandes tendencias: los *eisenachianos* (marxistas) del SADP y los *lassalleanos* (seguidores de Lassalle) de la ADAV.³⁷ Esperaban de él una opinión autorizada. Así nació la *Crítica del Programa de Gotha*, como un texto sobre socialismo escrito por un socialista alemán para ser leído por otros socialistas alemanes, de cara a un congreso socialista en Alemania que tenía por objetivo unificar el socialismo alemán. Marx no tenía en mente a un país pobre y

³⁵ *Ibid.*, pp. 13-14. Como se advierte, en su periodización de la transición poscapitalista, Marx utiliza los términos *ersten Phase der kommunistischen Gesellschaft* (primera fase de la sociedad comunista) y *höheren Phase der kommunistischen Gesellschaft* (fase superior de la sociedad comunista). La denominación del primer estadio como “socialismo” (en referencia al régimen que Lassalle y otros militantes de izquierda postulaban como un *non plus ultra* de la emancipación proletaria) y del segundo estadio como “comunismo” (a secas) se debe a Lenin, quien se explayó sobre el asunto en *El Estado y la Revolución* (1917). La preferencia semántica de Lenin me parece más conveniente, por las razones que se desprenden de sus disquisiciones en el quinto capítulo, “Las bases económicas de la extinción del Estado”.

³⁶ El reemplazo de la “dictadura del proletariado” por la dictadura no declarada del PCUS, la sustitución de la democracia revolucionaria de los *soviets* por la autocracia fáctica de Stalin (primero) y la oligarquía subrepticia de la *nomenklatura* (después), tuvo poco y nada de socialista. Lo mismo cabe decir la socialización estatista de los medios de producción (empresas públicas dirigidas por la burocracia central, sin ninguna “libre asociación” de sus trabajadores) y la cooperativización forzosa de campesinos y artesanos en *koljoses* y *arteles*.

³⁷ De esa fusión nacería el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), una organización socialista excepcionalmente masiva y vigorosa en su basamento obrero-popular, pero crecientemente reformista y centroeizquierdista en su horizonte estratégico-programático. Esta deriva de domesticación –y defección– todavía prosigue hoy. En tal sentido, la socialdemocracia germana se asemeja bastante al laborismo británico, y contrasta con el vanguardismo revolucionario de los blanquistas franceses y bolcheviques rusos (partidos pequeños y disciplinados de cuadros que tienen la virtud de asumir el maximalismo intransigente y la vía insurreccional, pero el defecto de propender hacia la impotencia sectaria y el verticalismo excesivo). Las organizaciones socialistas siempre han estado atrapadas en el *dilema de la frazada corta*: masividad en desmedro de la radicalidad o radicalidad en desmedro de la masividad. Los partidos de masas tienden a la desradicalización; los partidos de cuadros, a la marginalidad. ¿Tendremos la inteligencia creativa para superar esta aporía política algún día? El pasado ya está escrito, pero el futuro no.

rezagado como la Rusia zarista, una sociedad predominantemente agraria y semifeudal (latifundismo de post-servidumbre con algunos resabios medievales de comunalidad campesina y unos pocos enclaves capitalistas de minería y producción fabril, mayormente asociados a la inversión extranjera), sino al opulento *Reich* bismarckiano hegemonizado por Prusia, que estaba en el podio del capitalismo industrial europeo de su tiempo, merced a la pujanza de comarcas como Renania (el Ruhr, sobre todo), Sajonia y Silesia.

Los bolcheviques fogonearon la Revolución Rusa suponiendo que esta sería el preludio de una gran oleada revolucionaria internacional que alcanzaría el corazón de Occidente, desde donde llegaría la asistencia económica y tecnológica para que Rusia pudiera quemar etapas e industrializarse bajo un régimen socialista no constreñido por el atraso y la escasez. Pero el impulso triunfal de la revolución roja quedó finalmente circunscripto al colapsado imperio de los Romanov, no quedando otro remedio que construir el “socialismo en un solo país”: la futura Unión Soviética. Una Rusia signada por el subdesarrollo y la penuria, con un proletariado tan minúsculo, con una economía devastada por la guerra civil, no estaba en condiciones –ni objetivas ni subjetivas– de abolir masivamente el mercado *ipso facto*. Hubo un intento, pero no duró: el “comunismo de guerra”, con sus requisas militares y repartos racionados. Dadas las circunstancias históricas, el dificultoso contexto estructural y coyuntural dentro del cual los bolcheviques tomaron el poder, cuesta mucho imaginar, contrafacticamente, una *desmercantilización* inmediata y exitosa de la Rusia bolchevique. Fiel al pensamiento dialéctico, igual que su amigo Engels, aquel Marx maduro que escribió la *Crítica del Programa de Gotha* suponía –insistimos– una revolución socialista en el seno específico y concreto de una sociedad capitalista avanzada como Alemania, con un alto desarrollo económico-cultural y una relativa abundancia material.

Pero, si aceptamos que la abolición *ipso facto* del mercado no es posible en una revolución socialista que acontece en un contexto capitalista, protocapitalista o precapitalista de atraso y escasez, ¿podemos estar seguros de que sería viable en la situación opuesta? Confieso abrigar dudas al respecto, cierto escepticismo. Hasta ahora, no hay registro de ningún ejemplo histórico que lo demuestre. Pienso que deberíamos dejar de lado toda credulidad escolástica y analizar a fondo el asunto, con realismo crítico y sin autocensura dogmática. ¿Y si, para nuestro pesar, algún mecanismo de circulación mercantil simple fuese inevitable mantener hasta muy avanzada la transición socialista, aun cuando esta transición se hubiere iniciado desde un umbral capitalista muy elevado? ¿Y si, por desgracia, la implementación de una forma nueva y superior de distribución de bienes y servicios demandara más tiempo del que supuso Marx, ya sea por problemas técnicos de cálculo y logística (hoy mucho menos irresolubles que en el siglo XIX, gracias al prodigioso avance de la ciencia aplicada a la informática y la robótica, a la automatización de cómputos y operaciones con IA, etc.), o ya sea, simplemente, por la inercia cultural del “fetichismo de la mercancía” en la sociedad posrevolucionaria? Son preguntas ciertamente incómodas, pero no por eso ilegítimas ni irrelevantes. Y si alguna modalidad limitada y transitoria de mercado fuere menester conservar hasta poder completar la transición al comunismo, en ese caso bien haríamos en revisar con lupa los distintos procesos históricos del “socialismo real” (URSS, China, Yugoslavia, Checoslovaquia, Cuba, Vietnam, etc.) y en releer sin prejuicios los diferentes teóricos del llamado “socialismo de mercado” (Oskar Lange, Edvard Kardelj, Ota Šik y otros economistas anatematizados u olvidados). Probablemente descartemos muchas cosas, pero algo seguramente podríamos aprovechar.

7

El Frente de Izquierda no está capitalizando políticamente, en términos organizativos y proselitistas, la simpatía popular por Myriam Bregman y otras figuras del FITU. El sectarismo y el internismo no han disminuido. Al contrario, hay indicios preocupantes de recrudecimiento. La discordia facciosa entre las

izquierdas argentinas –dentro y fuera del FITU– ha experimentado un rebrote de lo más inoportuno en estos últimos meses: discusiones y conflictos que conducen al ensimismamiento, a la onfaloscopia; pero que también multiplican los nubarrones de secesión, los riesgos de ruptura.

El PTS, la fuerza principal del Frente de Izquierda (y el partido al cual pertenece Bregman), lanzó una convocatoria nacional a crear un movimiento de comités de base “por un partido de la nueva clase trabajadora”³⁸, pero sin la consigna de “Myriam presidenta” u otra de un tenor similar. Al hacer eso, priorizaron claramente la táctica de tratar de aprovechar el *momento Myriam* de popularidad para asumirse como la única vanguardia revolucionaria de la Argentina (o en todo caso, la única verdaderamente seria o viable), en cuyo seno los otros partidos anticapitalistas del país deberían subsumirse y disolverse, sin más atenuantes que la promesa de centralismo democrático y acaso –es solo una conjetura– una nueva denominación que suponga un guiño inclusivo para quienes decidan incorporarse. No solo eso: los comités creados por el PTS dejaron deliberadamente al margen a militantes de otras organizaciones del FITU, no obstante el hecho de que muchos firmantes de la convocatoria del PTS habían expresado su disidencia con esa exclusión sectaria. Paralelamente, la Izquierda Socialista (IZ) y el PO llamaron a la conformación de “comités unitarios” del FITU, donde obviamente la gente del PTS se ha abstenido de participar. El MST, por su parte, que propone crear un partido unificado de tendencias, ha estado dialogando con el PTS sobre esa posibilidad, pero sin ningún avance tangible por ahora, puesto que el PTS pretende ser el núcleo de un partido unificado más homogéneo, sin corrientes internas de carácter organizado y permanente. Comparto en este sentido la siguiente reflexión de los camaradas Aldo Casas, Juan Pablo Casiello, Eduardo Lucita y Ariel Petruccelli:

(...) vemos como una grave falencia lo poco se ha avanzado en un accionar común en los espacios sindicales, y la total ausencia de espacios organizativos de base comunes. No existe ninguna instancia que permita “ser del FITU” si no es integrándose a alguno de sus partidos. En un contexto cultural en el que las acciones y organizaciones colectivas ven mermado su atractivo por las innumerables tentaciones privatizadas del mercado, la lógica de “redes sociales” y los incontables acicates para “quedarse en casa”, la izquierda política sólo ofrece la opción de incorporarse a una forma tan exigente de organización como lo son estas organizaciones de cuadros, empeñadas además en disputas fraccionales incomprensibles para cualquier activista independiente. La inmensa mayoría de los votantes del FITU anhelan la unidad y esperan que sea capaz de renovarse cualitativamente para responder al desafío histórico que enfrentamos, pero las diferencias esgrimidas por los partidos que lo integran les resultan ajenas y poco comprensibles, desalentando el pasaje a alguna militancia orgánica.³⁹

Hay un montón de gente valiosa militando en el PTS, el buque insignia de la escuadra socialista revolucionaria de la Argentina actual. Pero también la hay en los otros partidos de la izquierda antisistémica, tanto dentro como fuera del FITU. Asimismo, existe una gran cantidad de personas anticapitalistas –o más o menos disconformes con el capitalismo neoliberal de nuestro tiempo, independientemente de su nivel de formación intelectual y conciencia crítica– sin una adscripción doctrinaria y/o partidaria, que militan en organizaciones sindicales, socioambientales, feministas, campesinas, indígenas, LGBT+, contraculturales, de derechos humanos, laicistas, etc. Deberíamos encontrar una fórmula flexible para incluir a toda esa diversidad de *engagés* –parafraseando a Sartre– y, al mismo tiempo, robustecer organizativamente al FITU para que trascienda el mero frentismo electoral. Pero si la indispensable masificación del apoyo activo al Frente de Izquierda –la participación de simpatizantes y activistas independientes en su órbita– se la piensa desde una lógica rígida de reclutamiento de cuadros, y su unificación interna –también muy necesaria– se la concibe como un proceso de asimilación y homogeneización de las vanguardias trotskistas dentro de la

³⁸ www.laizquierdadiario.com/Vos-haces-falta.

³⁹ <https://huelladelsur.ar/2026/08/21/reflexiones-sobre-la-izquierda-y-una-situacion-inedita-en-argentina>.

estructura –y bajo la supremacía– del PTS en tanto fuerza principal, desde una lógica agonal y despiadada de *adaptarse o extinguirse* (por decirlo con una metáfora darwiniana), entonces el experimento argentino de un socialismo revolucionario más grande y fuerte terminará mal.

Necesitamos más concordia fraternal y menos sectarismo, más pensamiento crítico y menos dogmatismo, más sensatez estratégica y menos tacticismo. Como escribiera el anarquista italiano Errico Malatesta hace un siglo, “nadie puede estar absolutamente seguro de tener razón, y nadie tiene siempre razón”⁴⁰. Ergo: “los deseos y las aspiraciones no deben confundirse con dogmas inquebrantables, más allá de los cuales no hay salvación”⁴¹. Debemos ser “más tolerantes” y estar “más dispuestos a ser cordialmente solidarios con quienes persiguen los mismos objetivos por otros caminos”⁴². Es tarea urgente de las izquierdas fortalecer la capacidad de lucha contra el capitalismo, “no exagerando las diferencias y prestando atención, sobre todo, a las realidades y objetivos que pueden unirnos”⁴³. Porque “dividirnos incluso allí donde existen motivos para la unidad significaría dividir a los trabajadores”⁴⁴, agentes principales –e insustituibles, hasta donde sé– de la transformación y emancipación socialistas.

Este ensayo podría continuar el año próximo, cuando se avvicinen las elecciones de Argentina, en una segunda parte para otro número de Corsario Rojo, o quizás en un libro. El autor agradece las observaciones de los camaradas Alexis Capobianco Vieyto, Carlos Herrera de la Fuente y Nicolás Torre Giménez al sexto apartado de su escrito.

⁴⁰ “Comunismo e individualismo”, *Pensiero e Volontà*, año III, n.º 5, abril de 1926.

⁴¹ www.marxists.org/archive/malatesta/1924/individualism-and-communism-in-anarchism.html.

⁴² www.marxists.org/archive/malatesta/1923/anarchism-socialism-and-communism.html.

⁴³ www.marxists.org/archive/malatesta/1926/anarchists-and-the-limits-of-political.html.

⁴⁴ *Ibid.*